LATÍN, BERÉBER, AFRORROMÁNICO, IBERORROMÁNICO Y ROMANCE ANDALUSÍ. INTERACCIÓN, DESAPARICIÓN Y PERVIVENCIA DE LENGUAS

Francisco A. Marcos Marín
University of Texas at San Antonio

Resumen: El cambio histórico lingüístico más importante del Mediterráneo Sur-Occidental entre 439 y 929 J.C. fue la sustitución del latín por el árabe como lengua de la administración y la cultura. Se puede tender a resumir la situación en fórmulas que, incluso cuando son exactas, ayudan a desviar la atención del proceso, para centrarla en el resultado, la pérdida del latín. Sin embargo, el latín hablado en 439 siguió su evolución en variantes o dialectos afrorrománicos, que no llegaron a constituirse en nuevas lenguas romances; pero que sin duda sirvieron para satisfacer las necesidades comunicativas de los hablantes de la región. Es de gran interés determinar durante cuánto tiempo se mantuvo esa situación. La continuidad del uso de las hablas afrorrománicas puede aclarar algunos aspectos de la conquista árabe y sus consecuencias lingüísticas.
Palabras clave: andalusí, árabe, beréber, latín, románico

Abstract: The substitution of Arabic for Latin as the language of culture and administration was the most important linguistic historical change in the South and West Mediterranean between 439 and 929 A.D. In the study of the linguistic situation of Africa, there has been a tendency to reduce an intricate maze to formulae. Those formulae, even when they are accurate, contribute mostly to divert the attention from the process to center it on the results, the loss of Latin. But Latin, as it was spoken in 439, continued its evolution into Afro-romance variants or dialects, which did not become new Romance languages. Nevertheless, they were used by speakers as variants of their common language. How long that situation remained, and how stable it was, is of great interest. The continuity in their use of those Afro-romance forms of speech will help clarify some aspects of the Arabic conquest of al-Maghreb and al-Andalus and its linguistic consequences.
Key words: Andalusí, Arabic, Berber, Latin, Romance

En 2026 se cumplirá el primer centenario de la obra que marcó un antes y un después en la presencia española (e hispánica) en la Lingüística, los *Orígenes del Español. Estado lingüístico de la Península Ibérica hasta el siglo XI,* de Ramón Menéndez Pidal. Muchos de los datos concretos de esa magna obra habrán sido revisados, confirmados o desechados y, muy previsiblemente, algunas de sus intuiciones geniales, quizás con nombres nuevos y más exactos, permanecerán. La ubicación del español de los orígenes, el castellano de la zona del norte del Ebro, permanecerá; pero el conocimiento y análisis del tipo de latín y del entorno lingüístico en el que la nueva lengua se fue desarrollando variarán sustancialmente.

El latín africano y la *Romania submersa* han sido campos de investigación que han provocado mucha atracción y también mucho rechazo o, si se prefiere, inquietud, porque los resultados, desde el siglo XIX, se han percibido en ocasiones como contradictorios (Lancel, 1981; Fanciullo, 1992; Lorenzetti y Schirru, 2010: 303-305). Mattiacci (2014) resume lo principal de la evolución de estos estudios. Para explicar ese relativo fracaso pueden señalarse dos razones de tipo práctico o, si se prefiere, externo: la primera de ellas es la frecuencia con la que la latinidad africana se ha utilizado como pretexto para sustentar posturas colonialistas o, al menos, eurocentristas. La segunda es que, aunque se conocían desde hace tiempo algunos buenos ejemplos de usos no literarios, el material que hoy día está a disposición de los investigadores y el que, muy previsiblemente, estará en los próximos años, es muy superior. La conjunción de Filología y Arqueología, presente desde antiguo; pero posiblemente ahora más estrecha, ha sido fundamental en este progreso (Marcos Marín, 2015). Algunas de sus consecuencias son muy novedosas. Por ejemplo, hoy se sabe que los mejores registros de datos arqueológicos no se encuentran siempre en los historiadores antiguos, sino que son los geógrafos los que, por su necesidad de documentar la geografía humana, dan con frecuencia pistas muy importantes, en el desarrollo de los itinerarios. Este aspecto es particularmente notable en el caso de los geógrafos árabes. A obras clásicas como la de Pons Boigues (1898) pueden unirse ahora otras, como las

de Siraj (1995), que amplían el panorama. También, en el lado positivo, los estudios sobre el bilingüismo, la variación y los contactos de lenguas han tenido un gran desarrollo en los últimos veinte años, especialmente, lo que ha permitido aplicar nuevos enfoques al latín y su situación en su dominio lingüístico, con resultados que claramente abren caminos nuevos, despejan otros y corrigen, en todo caso, viejos prejuicios (Adams, 1994, 1999, 2003, 2007). Los investigadores árabes, por su parte, se unen con mayor frecuencia a estas investigaciones, que, en su tradición escolástica, habían sido secundarias, lo que redunda en beneficio de todos.

Cuando se analiza el conjunto de circunstancias que rodearon el cambio histórico lingüístico más notable del Mediterráneo Sur-Occidental (Magreb y al-Andalus) entre 439 y 929 J.C., la sustitución del latín por el árabe como lengua de la administración y la cultura, se puede tender a resumir la situación en fórmulas que, quizás porque no son completamente inexactas, ayudan a desviar la atención del proceso, para centrarla en el resultado. "Ce n'est donc pas dans l'événement fortuit que constitue la conquête vandale qu'il faut aller chercher la cause véritable de l'échec de Rome en Afrique. La raison profonde en est dans l'insuffisante assimilation du monde berbère". Así se expresaba, en síntesis, C. Courtois (1955: 6 y 359) y esa es la tendencia que se siguió durante muchos años, hasta que investigaciones más recientes han puesto de manifiesto que no fue así. Es cierto que, a diferencia de lo que ocurrió en el Mediterráneo europeo, en el africano el latín se perdió completamente. Ése es el resultado. Pero la latinidad africana había sido amplia y muy productiva. Se puede simbolizar su comienzo en el dramaturgo Terencio, el Africano (Publius Terentius Afer, 195/185–159 a.J.C.), e incluye desde literatos como Apuleyo (ap. 123-180) a emperadores como Septimio Severo (145-211), Papas como Víctor I (su papado tuvo lugar entre 181-191) o Padres de la Iglesia como Tertuliano (ca. 160 – ca. 220) y San Agustín (354-430), entre otros muchos nombres ilustres. Para tener en cuenta el calado lingüístico de Tertuliano, por ejemplo, considérese que es de quien Benedicto XVI, en la audiencia general del miércoles 30 de mayo de 2007, dijo que

"inaugura la literatura cristiana en latín. Con él comienza una teología en este idioma". El proceso que condujo a la pérdida, puede decirse, merece al menos tanta consideración como su resultado. Las fechas indicadas, que sirven de marco cronológico cómodo y, como todos, inexacto en los detalles, abarcan desde el inicio de la conquista por los vándalos de la Mauretania y el África romanas (desde ahora África, por simplificar) hasta la autoproclamación del omeya Abderrahmán III como califa de Córdoba en 929.

Dos preguntas fundamentales son por qué es necesario reformular ahora y replantear todo lo que se había considerado como bien establecido y qué papel corresponde y qué consideración merecen los investigadores que han desarrollado teorías cuya renovación o sustitución se propone. Ambas admiten una respuesta convergente. Las ciencias, también las ciencias humanas, avanzan mediante la comprobación, aceptación, revisión y rechazo de las teorías, se trata de una evaluación continua que requiere apoyarse en un elemento variable, que se compone de datos. Esos datos son reinterpretables. Las ciencias que permiten explicar el proceso de la pérdida, sustitución y, eventualmente, reemplazo parcial de las lenguas son sobre todo tres, la Historia, la Arqueología y la Lingüística. Habrá por tanto que revisar en qué están cambiando la percepción y evaluación histórica, arqueológica y lingüística de este período en esos territorios. En lo que concierne a la consideración de los investigadores, lo primero es arrancar del reconocimiento de una labor ingente, realizada con medios de investigación y de comunicación mucho más limitados que los actuales. Sin esa labor previa sería imposible plantear y mucho menos presentar la revisión contemporánea. Al mismo tiempo, es preciso situar la investigación anterior, como la presente, en sus contextos de época, contextos muchas veces ideológicos. De manera implícita en el marco cultural correspondiente, esos contextos han llevado a que los investigadores hayan realizado sus observaciones dentro de lo que se puede llamar las expectativas culturales de su tiempo. Y no cabe engañarse, esa observación es también válida para los investigadores de todas las épocas, nosotros incluidos. En lo que

sigue se irán señalando alguna de esas *expectativas culturales* y se irá analizando en qué medida han podido alterar la visión o evaluación de los datos. Por otra parte, es también humano tener en cuenta que los investigadores que esperan que su trabajo se respete, deben empezar por mostrar respeto por el trabajo de quienes los precedieron.

Este estudio se enmarca cronológica y geográficamente. El marco geográfico abarca desde Libia hacia el oeste hasta el Atlas, en el Sur de Marruecos, y, desde allí al norte, al-Andalus. El marco cronológico puede distribuirse en distintos períodos, con interesantes diferencias internas: reinos vándalos en África (439-533); período bizantino (533-647); conquista árabe de África y al-Andalus (647-756); emirato omeya en al-Andalus (756-929). Un eje representativo podría situarse en 698, conquista árabe de Cartago y la huida de sus habitantes, hablantes de latín, a Sicilia e Hispania (Vallejo, 2012: 436). Consecuencia inmediata de esta conquista fue el aislamiento de *Septem* (Ceuta) del resto el imperio bizantino y su incorporación al reino visigodo integrada en un condado "juliano", "con cabeza en *Iulia Traducta"* (Vizcaíno, 2009: 130). Conviene destacarlo para tener claro que en Ceuta se hablaban variantes del latín en el momento de la conquista árabe. De hecho es necesario tener en cuenta que la latinidad africana no se puede dar como necesariamente abocada a su pérdida a partir del siglo III d. J.C., como se asume por la mayoría de los manuales de latín o de lingüística románica, sino que ese proceso fue, como testimonian los datos arqueológicos (Villaverde: 2001; Modéran: 2003; Bénabou: 2005), muchísimo más lento. De hecho se puede afirmar hoy que el siglo III, a pesar de la retirada de contingentes militares romanos y de cambios sociológicos, no supone una frontera cronológica del latín de las provincias de Mauretania y África. Los testimonios de que no se produjo una pérdida del latín son hoy muy abundantes.

Los 490 años del período abarcado son, sin duda, mucho tiempo en la historia de las lenguas. Para tener una referencia piénsese que, en el caso de la Península Ibérica, se pasa en ese tiempo de un uso de la lengua latina bastante estable, tanto en los documentos reales

o eclesiásticos como en las pizarras visigodas (Velázquez Soriano, 2004), a la presencia de elementos que permiten suponer que los dialectos románicos habían pasado ya a disponer de estructuras que los caracterizan como lenguas independientes (Menéndez Pidal, 1926). En otros términos: en 439 no se puede hablar de castellano, catalán o gallego (o sardo o toscano), en 929 probablemente sí (independientemente del nombre que se pueda dar a las variedades ibero-románicas). África no tuvo que ser una excepción: el latín hablado en 439 siguió su evolución en variantes o dialectos afrorrománicos, que no llegaron a constituirse en lenguas que hayan permanecido en uso como nuevas lenguas románicas; pero que sin duda sirvieron para satisfacer las necesidades comunicativas de los hablantes de la región. Es de gran interés determinar durante cuánto tiempo se mantuvo esa situación. La continuidad del uso de las hablas afrorrománicas puede aclarar algunos aspectos de la conquista árabe y sus consecuencias lingüísticas.

El foco de este estudio se sitúa en el latín africano, de manera que la referencia a las otras lenguas se tiene que limitar a lo que, de alguna manera, pueda haber influido en su establecimiento y desarrollo. Por ello, las remisiones a las lenguas en contacto se limitarán a lo que se considera pertinente exclusivamente para ese fin, puesto que una amplísima bibliografía puede dar cuenta de lo que sea central para cualquier investigación específica.

El primer grupo de lenguas que tiene interés para este estudio corresponde a las lenguas afroasiáticas del grupo camita, llamadas líbico y beréber (Applegate, 1970). Quedenfeldt (1888: 100-101), basado en la *Geografía* de Strabon (XVII, III) y la *Historia Natural* de Gayo Plinio Segundo (V, II), precisó que el nombre *Mauri* era el que se daban a sí mismos los nativos y lo relacionó con la forma semítica *Ma'urim,* emparentada con el árabe *el-garbaua,* con el significado de 'gente del oeste', es decir, el mismo sentido que tiene hoy el nombre árabe del territorio, *al-Magrib*. Strabon, realmente, lo que dice es que los griegos los llamaban *Maurousioi* y los romanos *Mauroi,* mientras que Plinio habla de *Maurorum,* "a los que muchos llamaron *Maurusios".* Wagner (1936: 14, n.1), a partir de Queden-

feldt, relacionó el étimo semítico con *mauharim* (מוחרים), "los occidentales". La forma semítica que dio origen a este gentilicio tuvo que llegar del fenicio-púnico. Algunas de las peculiaridades morfológicas de estas lenguas líbico-bereberes fueron relevantes en el proceso de adaptación y transmisión de los latinismos, primero (Schuhardt, 1918; Wagner, 1936; Rössler, 1962; Lüdtke, 1968; Martínez Ruiz, 1978; Brugnatelli, 1999), y de los arabismos, después (Oliver Asín, 1974; Ferrando, 1997; Peterson, 2009, Corriente, 2013), lo que interesa en relación con el desarrollo lingüístico del árabe y los romances en la Península Ibérica, la Hispania romana. Conviene aclarar que se trata de lenguas, no de una lengua, porque el factor de la falta de intercomprensión entre ellas, diacrónica y diastráticamente, tuvo importancia en la expansión del latín como lengua de comunicación. El líbico era posiblemente la lengua hablada por los invasores de Egipto rechazados en 1227 a.J.C. (Encyclopédie: I, 7). Está atestiguado en inscripciones y desarrolló un alfabeto propio, con una variante oriental y otra occidental, que llegó hasta las Islas Canarias.

En la primera mitad del siglo IX a. JC se sitúa la fecha más probable en la que los fenicios fundaron Cartago e introdujeron en el Magreb un segundo grupo de lenguas afro-asiáticas: una lengua semítica, el púnico, que se unía las lenguas camíticas africanas de la región. Si, por comodidad, se establece esa fecha en el 813 a. JC, se estaría hablando de una historia lingüística de cerca de dos mil años, es decir, de una extensión temporal en la cual tuvieron que producirse muchas variaciones, tanto en la introducción y desaparición de lenguas como en la evolución de todas ellas. También hay que tener en cuenta que la llegada de ciertos grupos de conquistadores (o de comerciantes) no tuvo que ir acompañada necesariamente de lenguas que se impusiesen a la población, es el caso del germánico o del griego.

Los idiomas que pudieron desarrollar una mayor influencia fueron, además del líbico-beréber (Basset, 1952; Encyclopédie), el púnico (Adams, 1994, 1999; Kerr, 2010), el latín (Adams, 2003, 2007; Väänänen, 1965; Petersmann, 1998; Mattiacci, 2014) y el árabe (Lewicki, 1958;

Corriente, 2013), con sus correspondientes variantes. El germánico (Wrede, 1886; Francovich Onesti, 2002, 2010 y en prensa) y el griego tuvieron un influjo, en todo caso, limitado y marginal. Al germánico se dedicará un espacio más adelante. En cuanto al griego, es sabido que el latín era la lengua usada por el imperio bizantino en el occidente del Mediterráneo, tanto para las relaciones con la población, como para muchas de sus funciones administrativas, que también incluyen parte de la redacción de la historia de la época (Diehl, 1896).

Respecto al púnico, Cox (1988) recogió las distintas conclusiones de los investigadores sobre los testimonios tardíos del púnico desde dos premisas fundamentales: que la pervivencia de una lengua no depende de la alfabetización de sus hablantes y que se trata efectivamente de púnico, no de un criollo púnico-bereber o púnico-latino. La discusión entre Courtois (1950), contra la interpretación de los textos de San Agustín (354-430) como prueba de pervivencia del púnico en siglo V, y Saumagne (1953), a favor, carecía en realidad de sentido, puesto que Green (1951), desconocido por los otros dos investigadores, había realizado un trabajo mucho más exhaustivo y claro, en el que concluyó que San Agustín testimonia la pervivencia y hace uso de la lengua púnica tanto para la interpretación de algún pasaje bíblico como para comentarios más coloquiales o juegos de palabras. Cox (87) presenta sus datos como aspectos del léxico, por ejemplo, al retomar el juego entre púnico *salus = tria* 'tres', numeral, hebreo *šālōš,* transcrito por San Jerónimo como *salos* en su *Comm. in Ionam* 3,4b 1.66 y la Trinidad, *šillūš* en heb. mod., juego al que se suma otra palabra cercana, *šālōm* 'paz, salvación', que sería **šalūm* en púnico, representado en escritura latina como *salum* y por ello reinterpretable por un hablante de latín como el acusativo de *šalūš/salus* . Más adelante (89) vuelve a esta palabra a propósito de la relación entre *salus* 'salvación' y *vita,* relación que desarrolla mucho más ampliamente de lo que había hecho Green. Después (92) llega a afirmar en su interpretación que San Agustín se veía a sí mismo como "descendiente del sector púnico-hablante de la población". Sin miedo a exagerar puede decirse que San Agustín establece una relación interesan-

te entre los *Afri* y la lengua púnica y los *Mauri* y el beréber. Al menos en dos lugares, recuérdese, él se considera *Afer:* (*contra litteras Petiliani* (400/3), 3:29 "eo quod Afer sum"; 3,31 "quia et Afer sum". Cox continúa con San Jerónimo (c. 345- c. 419) con la intención de demostrar que para este autor *lingua púnica* es en realidad el fenicio, dato que refuerza con una cita de Procopio (*De Bello Vandalico* 2, 10) en el mismo sentido de interpretar el púnico como "la lengua de los fenicios". Cox advierte también (97) que los ejemplos del traductor bíblico que analiza contribuyen a retrasar en dos siglos la fecha de desaparición del fenicio. Tiene sentido, a la luz de la relación entre los dos santos, su afirmación de que, para San Agustín, la *lingua punica* unía su mundo vital africano con su mundo espiritual, bíblico. También se explica, mediante el análisis de textos de un autor donatista, *Tyconius,* que la obra de este autor puede demostrar la existencia de una tradición "púnica" de interpretación bíblica. Esta pervivencia durante algo más de tiempo no impidió la desaparición del púnico, ni afectó sustancialmente el destino de las tres lenguas que permanecieron más tiempo: beréber, latín y árabe.

La hipótesis de que los bereberes, los *mauri* de los romanos, habrían tenido más facilidad para aprender el árabe, porque hablaban púnico, otra lengua semítica, no tiene consistencia. En primer lugar, porque no parece nada probable que el púnico siguiera en uso hasta la llegada de los árabes y, en segundo, porque el púnico es una lengua semítica noroccidental, que no se agrupa con el árabe, sino con el arameo y el hebreo. La proximidad a este último facilitó su uso por San Agustín y otros autores, como se ha dicho, para interpretar algunos pasajes bíblicos (*vid. et.* Lehmann, 2008). El árabe forma un grupo diferente, a veces unido al semítico suroccidental, formado por etiópico y sur-arábigo y a veces al noroccidental. La morfología verbal acerca al árabe al semítico noroccidental, su fonología y lexicología al sur-occidental.

El punto de partida lingüístico tiene que ser, como lo ha sido tradicionalmente (Schuchardt, 1918; Wagner, 1936; Lewicki, 1958), la relación entre el latín y el beréber, el proceso de latinización de África que, según Courtois, fra-

casó. Antes de discutir este supuesto fracaso parece oportuno explicar cómo fue, por lo que sabemos, el proceso de latinización, bien vivo hasta el triunfo de los vándalos, al menos, puesto que San Agustín, muerto un año antes, es un claro testimonio del uso de la lengua latina y su estudio. Dos aspectos, al menos, deben precisarse al inicio. El primero concierne a la consideración de que los datos que se han manejado habitualmente han sido los datos léxicos, los préstamos del latín al beréber (Lüdtke, 1968; Rössler, 1962). El segundo aspecto atiende al hecho de que el beréber altera los préstamos de acuerdo con su morfología y que "chissà quanti termini latini si sono 'mimetizzati' nel corso dei secoli" (Brugnatelli, 1999: 326). Todos los autores coinciden en que las hablas bereberes continuaron recibiendo préstamos de lenguas románicas, especialmente del iberorrománico, como consecuencia de los movimientos de población entre al-Andalus y el Magreb. A los medievales y poco posteriores hay que añadir los recibidos como consecuencia de los procesos de colonización, del francés y el español principalmente, o por el intercambio continuo de las lenguas por los medios de comunicación, en la época contemporánea. Adams (2007, cap. VIII) estudió varios intercambios léxicos entre el latín y las lenguas africanas, en los dos sentidos, teniendo en cuenta sus coincidencias con Cerdeña e Hispania.

El latín como lengua de colonización se introdujo en África mediante el establecimiento de los seis mil itálicos reclutados por Gaius Tiberius Gracchus que constituyeron la Colonia Iunonia (o Lunonia), el 122 a.J.C., sobre las ruinas de Cartago, refundada por Julio César en 44 a.J.C. como Concordia Iulia Karthago, con tres mil colonos, y luego por Augusto, como Colonia Iulia. Julio César creó también otras colonias menores y esta tendencia se mantuvo posteriormente (Bullo, 2002; Corda, 2006). Desde la perspectiva hispánica interesa especialmente su expansión al oeste. A partir del año 36 de nuestra era empezó un proceso de romanización intensa al unificarse las dos provincias de *Africa, uetus* y *noua,* en una sola (Bénabou, 2005: 44-57; resumen de la edición de 1976 en Gil Egea, 1998: 9-11). Este proceso, al interferir con los modos de vida de las tribus bereberes del sur, obligó a establecer los

cuarteles de invierno de la legión III en *Ammaedara* (Haydrah, Túnez) muy cerca de la frontera actual con Argelia, a unos 42 kilómetros de *Theveste* (Tébessa) [http://www.perseus.tufts.edu/hopper/text?doc=Perseus:text:1999.04.0006:id=ammaedara] . Esta ubicación incrementó la presencia romana al sumarse el necesario reajuste de las comunicaciones y la construcción de nuevas vías. La expansión occidental continuó con la dinastía Flavia (s. I), más dedicada a consolidar los puestos militares y comunicarlos. En el caso de Mauretania (Villaverde, 2001; Gozalbes Cravioto, 2006, 2010), se habían fundado colonias en tiempos de Augusto, tanto en la costa como en el interior, con dependencia administrativa de la Bética y fueron los Antoninos (96-192 J.C.), de origen bético, quienes intensificaron el proceso.



La época de Adriano (117-138) se caracterizó, para todo el imperio, por la preocupación por el *limes,* que, entre 192 y 211 fue ampliado por Septimio Severo (nacido en Leptis Magna en 146), el primer emperador de origen africano. Además de la seguridad conseguida, en 212, al principio del imperio de Caracalla, sucesor de Septimio, se promulgó la *Constitutio Antoniniana,* que hacía ciudadanos romanos a quienes vivieran dentro del *limes.* Una curiosa anécdota recogida por Elio Esparciano en su *Historia Augusta* (Severo, 15), nos informa de que el conocimiento del latín, incluso en la familia imperial, no era general: *Cum soror sua Leptitana ad eum venisset vix Latine loquens ac de illa multum imperator erubesceret, dato filio eius lato clavo atque ipsi multis muneribus, redire mulierem in patriam praecepit, et quidem cum filio, qui brevi vita defunctus est.* ('En una ocasión en que acudió a visitarle su hermana Leptitana, que apenas hablaba latín, como él sentía mucha vergüenza de ella por ser emperador, tras concederle múltiples presentes y a su hijo la laticlavia, le ordenó volver a su patria junto con su hijo, que murió enseguida.' Texto y traducción de Antonio Alvar). El dato puede interesar más si se puede entender como una manifestación de diferencia de género dentro de la diglosia, con el latín como lengua A y otra lengua, posiblemente el púnico, como lengua B. La opción del púnico se apoya en que ésta es la lengua de las inscripciones bilingües de Leptis Magna; pero también pudiera tratarse del beréber o del contacto de las tres lenguas. Si la muestra vale como reflejo del latín como lengua predominantemente masculina, para las relaciones hacia el exterior de la casa, ayudaría a explicar y reforzar su pervivencia en usos administrativos y militares hasta muy tarde, incluso en los inicios de la atapa musulmana.

El cristianismo contribuyó al refuerzo y consistencia de la latinización. Los orígenes de la cristianización de África pueden remontarse (Dall'Arche, 1967: 37) a la predicación de Pentecostés de San Pedro en Jerusalén, en la que estaban presentes judíos de Libia y la Cirenaica (*Hechos de los Apóstoles,* 2, 10). Esta relación con la

predicación a las comunidades judías se mantuvo, puesto que el cementerio antiguo de Gammarth, cerca de Cartago, contiene tumbas de ambas religiones, lo que prueba una buena relación mutua. La extensión de la presencia judía en Africa, desde Locus Iudaeorum Augusti (Reynolds & Ward-Perkins, 2009) en Libia, hasta Volubilis en el centro de Marruecos, puede comprobarse en el mapa que inicia el tomo XXVI de la *Encyclopédie Berbère.* Las persecuciones se produjeron con mucha posterioridad a las romanas. Tertuliano las documenta a partir de 180 y los datos que ofrece de los mártires prueban que el cristianismo estaba afianzado en todas las clases sociales, incluido el ejército (Cuoq, 1984).

En 439 desembarcaron los vándalos en África (Merrills & Miles, 2010), e inmediatamente se hicieron con el territorio, en el que trataron de imponer el arrianismo, secta antitrinitaria fundada por un africano, Arrio. La persecución arriana del vándalo Hunerico, rey desde el 25 de enero de 477 (Mesnage, 1915: 11-12, detalles en 14-15; Vita, 2002, 2011) resultó en la reunión de los obispos cristianos católicos (es decir, trinitarios o niceanos), en Cartago, convocada por decreto del 19 de mayo de 483 para febrero del año siguiente, que facilitó su expulsión. Los resultados muestran que las circunstancias en las que se realizó ésta fueron muy crueles. En 484 quedaban 574 obispos, de los aproximadamente 675 con los que se contaba en 430. Además, 106 obispos no obedecieron la convocatoria, de la que sólo 18 consiguieron escapar. De los 164 obispos de la provincia Proconsular (entre los actuales Túnez y oeste de Libia) en 411, quedaban 54 en 484 y sólo tres en 487 (Mesnage, 1915: 17). Por crueles que fueran estos resultados para la Iglesia, desde el punto de vista lingüístico hay que recordar que se trataba de sustituir el cristianismo católico por el arrianismo y que la lengua de ambos grupos religiosos era la misma, el latín. Aunque los vándalos, arrianos, pudiesen usar la biblia gótica, pudieron disponer de evangelios bilingües gótico-latinos, como los códices *Carolinus* y *Gissensis* (Snædal, 2003; Falluomini, 1999, 2010; Francovich Onesti, 2010).

Los restos del germánico en los vándalos se reducen a nombres propios y poco más, su lengua de contacto con la

población era el latín. La epigrafía testimonia el uso del latín incluso en las tumbas de obispos arrianos (Béjaoui, 2008: Fig. 9). Además, existe un testimonio directo que no deja dudas sobre el uso del latín como lengua corriente de los vándalos. El primero de febrero de 484 el rey Hunerico autorizó el concilio de obispos arrianos y católicos (niceanos) que, como se ha dicho, acabaría mal para los católicos. En el texto de Vita (2011: II, 52-55) se cuenta cómo el obispo arriano, *Cyrila,* se había colocado con los suyos en un trono situado en posición elevada, dejando a los católicos una ubicación inferior. Cuando pretendió adjudicarse el título de Patriarca, se originó una gran protesta. Finalmente, para salir de la situación, los católicos dijeron al arriano: "Propone quod disponis" ('presenta tus propuestas') a lo que Cyrila contestó: "Nescio latine" ('no hablo latín'). Los obispos católicos le recriminaron entonces con estas palabras: "Semper te latine esse locutum manifesto novimus; modo excusare non debes, praesertim quia tu huius rei incendium suscitasti" ('estamos seguros de que siempre has hablado latín; tampoco quedas disculpado, especialmente porque tú prendiste esta llama'). No se dice en qué lengua pretendía hablar el arriano, porque el contexto, que recoge otras citas textuales en latín, es suficientemente explícito.

La perspectiva más extensa e intensa de los datos arqueológicos refuerza la convicción acerca de la pervivencia y uso generalizado del latín en la época vándala. Las actas de venta denominadas *Tablillas Albertini* (Väänänen, 1965) fueron descubiertas en 1928, lo que ha permitido su estudio detenido, que ahora se puede ampliar con el de los nuevos textos, como los ostracones argelinos de región de Bir Trouch (Bonnal y Février,1966-67). Las cuarenta y cinco *Tablillas* son un claro testimonio de la continuidad del latín entre 493-496, aproximadamente y suman su interés lingüístico al jurídico, manifiesto, por ejemplo, en los llamados "cultivos Mancianos" , supuestamente referidos a una ley Manciana que regulaba las obligaciones de los aparceros (López Barja y Lomas, 2004: 295). Estas actas de venta siguen, como es habitual, un modelo, lo que permite diferenciar entre las fórmulas establecidas para estos documentos y las aportaciones perso-

nales de los escribas, cuyo nivel lingüístico, a juzgar por los datos, era variable. Uno de ellos, por ejemplo, Saturninus (*Acta* XXVIII) es un *presbyter*.

El reino vándalo terminó cuando, el año 533, el general bizantino Belisario desembarcó en Caput Vada (hoy Ras Kaboudia, en Chebba, Túnez) con diez mil infantes y entre cinco y seis mil jinetes, según Procopio. Pocos meses después, el reino vándalo había dejado de existir. El sucesor de Belisario, Solomón, consolidó los puntos fuertes de la costa y logró acuerdos con las tribus bereberes principales, en la zona oriental y también en la occidental, la Mauretania, donde *Septem* fue tomada a los visigodos (Diehl, 1896: 18, 36). Los bizantinos por lo tanto, con su ocupación, recompusieron la iglesia cristiana unida por el credo de Nicea y reforzaron el latín como lengua habitual (Diehl, 1896: 39). Aunque las listas episcopales son incompletas, en el concilio de Cartago habían participado 48 obispos de 525; el año 534, en el primer concilio convocado tras el triunfo bizantino, lo hicieron 220 (Mesnage, 1915: 53). El año 552 África estaba "completamente pacificada" y se procedió a la invasión de Hispania y la ocupación de una parte del territorio, hasta 554 (Presedo: 2003, 37, 42; Vallejo: 2012). La ocupación bizantina de las dos orillas de lo que desde Diocleciano era la diócesis de Hispania (que incluía por tanto la Mauretania Tingitana) no supuso ningún riesgo para la lengua latina, que siguió siendo el vehículo comunicativo general. El 624 el rey visigodo Suintila recuperó los territorios de la Península Ibérica y parte de la Tingitana.

Desde el punto de vista lingüístico se pueden correlacionar dos aspectos. El primero corresponde a toda la evolución histórica y urbanística, que el desarrollo de la arqueología magrebí (Mattingly y Hitchner, 1995) va explicando cada vez mejor y que se refleja en edificios, obra civil y abundante epigrafía, mientras que el segundo lleva a postular el establecimiento y crecimiento del latín como lengua de comunicación entre hablantes que estaban unidos por una nueva, segura y compleja red de comunicaciones, que dependían de una estructura jurídica y administrativa romana y que no podían entenderse en otras lenguas, porque las variantes dialectales, a esas distancias, no permitían el intercambio directo. Los maure-

tanos no tenían conocimiento del púnico y sus hablas beréberes era diferentes entre las distintas comarcas, cuya comunicación estaba muy dificultada por una orografía compleja y por las situaciones de enfrentamiento bélico entre los distintos reinos y cabecillas. No es extraño, por ello, que el latín se convirtiera en una lengua común o general, además del desarrollo de procesos de criollización (Marichal, 1992: 48), que darían origen a *linguas francas.* También aquí, el desarrollo de la arqueología permite disponer de centenares de tablillas, con textos que corresponden a tipos de comunicación muy distintos de los literarios o epigráficos.

Uno de los sueños de los romanistas (Lorenzetti y Schirru, 2010: 303-305; Mattiacci, 2014) ha sido la reconstrucción del latín africano y el afrorrománico. Este sueño fue convertido en pesadilla por la acción del supuesto "malo de la película", papel que ha correspondido a los primero llamados *moros* y luego *bereberes.* Sin embargo, a partir de 1979 (Modéran, 2003: 11), se abrió un período de cambio total en la interpretación de la romanización y el papel de estos *mauri.* En este punto se une el trabajo de Bénabou (1976, reedición 2005), sobre la resistencia africana a la romanización, con la línea arqueológica iniciada en 1977 en la tesis de Claude Lepelley. Para llegar a él era necesario haber recorrido el camino de la nueva arqueología, la filología de los textos tardíos y la antropología, que llevaron a los historiadores a un replanteamiento completo contra el mito de las *civilizaciones inmóviles,* a las que, se suponía, habría pertenecido la beréber.

El mejor conocimiento de la arqueología del África romana incluye datos mucho más completos sobre las estructuras urbanas y sus entornos (Lepelley, 1979, 1981) y sobre la conservación y extensión de la cultura romana durante el período vándalo, reflejada, por ejemplo, en las artes relacionadas con la arquitectura, como los mosaicos, las joyas y otros elementos decorativos o del ajuar doméstico (Villaverde, 2001; Liverani: 2005; Béjaoui, 2008; Tantillo y Bigi, 2010). La consecuencia más relevante aquí es que la romanización fue más extensa, intensa y duradera de lo que la historiografía tradicional había transmitido. La "insuficiente asimilación" del mundo beréber queda

más que en duda. Metodológicamente, refuerza el convencimiento de que es conveniente combinar en la investigación filología y arqueología.

Correspondió a René Rebuffat (Marichal, 1979: 436) el descubrimiento, en las excavaciones de Golas, Tripolitania, de series sucesivas de *óstraca* (u *ostracones*) latinos, conocidos como los ostracones de Bu Njem. Están escritos generalmente sobre fragmentos de cerámica e incluso de revoque de muro: hasta ciento cuarenta y seis, entre 1967 y 1976. Nueve están fechados, entre 253 y 259 d. J.C., y el conjunto puede situarse entre 201 y 263. La mayoría son militares (Marichal, 1992) y, en total, incluyen informes, listas, sumarios, cartas (incluso un posible texto latinopúnico) y algunos contenidos de clasificación incierta. A juzgar por sus nombres, es plausible suponer que se trata de reclutas locales (Adams, 1994: 87), si bien de al menos dos de los centuriones conservamos los nombres en versos acrósticos (Adams, 1999: 109). Los errores de estos obligan a suponer que, si no los escribieron ellos mismos, su nivel lingüístico no era superior al de los autores. Ya Marichal (1992: 48) se preguntaba si el tipo de latín empleado en los ostracones, más que un *latín vulgar,* no podría reflejar algún tipo de *criollo* o *sabir.* Emplea el término *tiraillou (<tirailleur),* vocablo usado para denominar a parte de las tropas francesas africanas. Este tipo de documentos se encuentra en otros lugares del Imperio, como las tablillas de madera escritas en tinta de una fortificación romana próxima al Muro de Adriano, en el norte de Inglaterra (Vindolanda), descubiertas a partir de 1973, o los más de diez mil ostracones descubiertos en el desierto oriental de Egipto, Mons Claudianus, en los años 1980 y 1990 (Bingen *et alii,* 1992, 1997; Cuvigny, 2000; Bülow-Jakobsen, 2009). Aunque no haya espacio ahora para insistir en ello, los poemas de Bu Njem confirman que en el latín africano se había perdido la cantidad como rasgo fonológico suprasegmental. Otros indicios apuntan a la equivalencia de tonicidad y longitud en ciertas posiciones, lo que inmediatamente obliga a pensar en similar fenómeno en las jarchas y cejeles andalusíes. San Agustín dedicó el capítulo décimo del libro IV de su *Doctrina christiana* al "empeño de explicar con claridad". Lo que importa es que las palabras sean

adecuadas y expresen bien lo que se intenta manifestar, aunque para ello haya que alterar el modelo clásico. Y para aclararlo plantea esta pregunta: "¿Por qué ha de pesar a un maestro de piedad que, hablando a gente ruda, diga «ossum», 'hueso', en lugar de «os», a fin de que no entienda que esta sílaba «os» es el singular de «ora» 'bocas', sino el de «ossa» 'huesos'?", que explica con la frase: *Afrae aures de correptione uocalium uel productione non iudicant* ('los oídos africanos no distinguen de brevedad o alargamiento de las vocales', 4. 10.24.). Estos fenómenos y otros permiten establecer una relación con el latín de Cerdeña o el de Hispania (Wagner, 1936; Lorenzetti y Schirru, 2010).

Los descubrimientos arqueológicos, en efecto, han tenido una influencia clara en el desarrollo de una nueva filología del latín africano. Desde el punto de vista teórico, en primer lugar, los lingüistas parten hoy de planteamientos que ya no se limitan a la división entre lenguas y dialectos o haces dialectales, ni a bilingüismo o diglosia. La teoría de la variación y la necesidad de tener en cuenta las variantes han dado a la terminología tradicional, que se puede seguir usando con provecho, nuevos sentidos. En cuanto a los textos, hay que tener en cuenta los escritos dentro de los registros cultos, como los literarios, históricos, teológicos o epigráficos, junto con cuantos reflejan lo que a veces parecen casi criollos del latín y otras lenguas africanas. La arqueología ha proporcionado un número amplio de textos de ese segundo tipo (INSCRIPCIONES); pero también cabe hacer nuevos análisis y mejores interpretaciones de los del primero. La importancia de los textos producidos en las fortificaciones militares se entiende dentro del concepto del ejército como un "organismo social" (Maxлаюк, 2004: II.2.), lo que permite una variedad amplia de contenidos, desde listas de soldados o de pertrechos a cartas personales.

En cuanto al uso literario del latín en época bizantina, Modéran (2003) ha revalorizado la importancia de la *Johannida*, puesta en relación con dos textos de Procopio, su *Historia de los Vándalos* y, especialmente, el capítulo sobre África de su libro sobre las *Edificaciones*. Un *grammaticus* africano, Flavius Cresconius Corippus, escribió

este texto en 549, en honor de Juan Troglita, vencedor de los moros en la guerra que se desarrolló entre 533 y 548. Manuela Vendrell (1979), en su estudio del ms. BNE Lat. 10029 documentó la relación de Corippo con Toledo y las relaciones con los autores afrorrománicos en el reino visigodo a partir de Leovigildo. Modéran propuso en 1986 una nueva interpretación de este poema narrativo, que desarrolló en 2003 (5, n. 11, 16-17), tras señalar su dependencia de la traducción y estudio todavía en gran parte inéditos de Vincent Zarini (1997). En cuanto a la conservación y extensión de la cultura romana durante el período vándalo, el mejor conocimiento de la arqueología del África romana incluye datos mucho más completos sobre las estructuras urbanas y sus entornos (Lepelley, 1979, 1981) y sobre artes relacionadas con la arquitectura, como los mosaicos, las joyas y otros elementos decorativos o del ajuar doméstico (Villaverde, 2001; Liverani: 2005; Béjaoui, 2008; Tantillo y Bigi, 2010). La consecuencia más relevante aquí es que la romanización fue más extensa, intensa y duradera de lo que la historiografía tradicional había transmitido. La continuidad del uso del latín, hasta el siglo XII, es manifiesta en la epigrafía (Le Blant, 1890; Duval, 1973; Kaegi, 2010), aunque a veces haya que tener en cuenta otras posibles influencias por movimientos de población entre al-Andalus y África.

El final del latín africano se produjo en un lento proceso iniciado con la conquista musulmana y la progresiva implantación del árabe. Los musulmanes se encontraron en *Africa* con una fuerte resistencia y necesitaron tres invasiones para dominar la provincia. En 647 tuvo lugar la primera expedición, en 661 la segunda, que tomó Bizerta. En la tercera, en 670, Uqba ibn Nafi al-Fihri fundó la ciudad de Kairuán y la gran mezquita. Los árabes continuaron el avance hasta Mauretania; pero en 683 ibn Nafi fue asesinado y los bizantinos reconquistaron Kairuán. En 695 los árabes conquistaron Cartago, reconquistada en 696 por los bizantinos, quienes de nuevo la perdieron en 698. En esta ocasión, para la defensa, los bizantinos contaron con la ayuda de un contingente visigodo, además de grupos de *mauri*. Todos estos movimientos militares fueron acompañados de conversiones y apostasías de la pobla-

ción y terminaron en una reacción beréber contra la conquista árabe que se plasma en leyendas épicas. Modéran (2003: 17-19) y otros autores (Talbi, 1971; Hannoum, 1999) han insistido en la importancia de las fuentes árabes y las leyendas recogidas en ellas, como la *Kahina,* princesa mora de Túnez que se opuso a la conquista musulmana, a fines del siglo VII, con grandes éxitos iniciales. Estas narraciones, transmitidas oralmente en un principio, fueron recogidas finalmente por los historiadores árabes, quienes indican una primera fuente escrita del siglo IX (Hannoum, 1999: 668). Este texto, frente a la interpretación judaica tradicional, pudiera tener una lectura cristiana. Se ha considerado a Ibn Jaldún como la fuente árabe más importante, a pesar de su carácter tardío, sin descuidar otras fuentes, cada vez mejor conocidas y aprovechadas (Camps, 1984: esp. 191-192) y de nuevo ha correspondido a Modéran (2001) devolver a más justos términos las interpretaciones tradicionales.

Llega el momento de reflexionar sobre la cuestión antropológica y metodológica. Los datos anteriores y la amplísima bibliografía de referencia rompen el mito de la insuficiente romanización de África. Es, explícitamente, el punto de partida de Modéran (2003: 3): Courtois en realidad resumió la idea generalmente aceptada entonces, el beréber era el responsable, por su oposición a la "romanidad". Para ello es preciso resumir las tres razones que llevaron a esa conclusión y rechazarlas, con criterios tanto antropológicos como epistemológicos. En primer lugar se situaría el desinterés de los investigadores por la época post-Constantino, asimilada a un período de decadencia (Villaverde, 2001: 27; Mattiacci, 2014: 92-93). La documentación sobre la época, en segundo lugar, en latín, griego o árabe, no permitió disponer de textos bien editados e interpretados hasta muy tarde. Con todo, la tercera razón era la más importante: las *evidencias* negativas sobre los bereberes: (1) su *barbarie* y perfidia, (2) la *permanencia beréber*, su inmutabilidad a lo largo de tres mil años, (3) el *Iugurta eterno,* "raza indomable y nunca sometida", (4) desde Courtois, el paradigma repetido sin más análisis, el de los dos tipos de moros que, según él, tuvieron el papel decisivo en el fin de la romanización: los montañeses del

interior y los nómadas camelleros que culminaron en el siglo VI la migración que habían iniciado tres siglos antes y (5) *l'esprit de soff,* "una tendencia irresistible a la desunión" (*ibid.*: 9). Una vez que se desmontó el entramado ficticio sobre el que se sostenía la supuesta desaparición de la latinidad de África, antes de los árabes, se pudo proceder a un cambio radical de la explicación.

A continuación (*ibid.:* 12-14), desarrolla Modéran su razonamiento en varios puntos, que se inician con la pregunta por la *identidad* de los personajes y continúa con otras interrogantes: ¿cómo se distinguía a un moro de un romano?, ¿cómo eran y cómo cambiaban su cultura y su organización política y social?, ¿cómo percibían los moros su identidad y su situación?, ¿cómo los percibían los sucesivos ocupantes? A partir del siglo IV, momento de apogeo de la romanización, con el apoyo del cristianismo, la situación tuvo que cambiar. Mauretania y África oriental se opusieron cada vez de manera más precisa y surgieron núcleos moros más o menos independientes con distintas relaciones con el poder bizantino y entre sí. En esta compleja situación se produjo la llegada de los árabes.

La conquista árabe de África se prolongó, el año 711, a la Península Ibérica, tras una posible incursión de un moro de la Tingitana, Ṭarīf, el año anterior, limitada a Algeciras. Fierro (2011: 167-168) resume el proceso en dos incursiones. En el año 92/711 la primera, de Ṭāriq b. Ziyād, y en el año 93/712 la segunda, de Mūsà b. Nuṣayr. Respecto a las cifras, entiende que la de doce mil hombres se referiría al "total de las tropas que acabaron cruzando el Estrecho tras el paso de una primera vanguardia al mando de Ṭāriq". Hay consenso en la condición de bereberes "recientemente islamizados y sin duda escasamente arabizados" (Fierro, *ibid.;* Chalmeta, 1994: 119-168; Clarke, 2011, 2012; Kaegi, 2010; Manzano, 2006:166-86). La historiografía árabe y andalusí sobre la conquista (Viguera, 2011) ha prestado muy escasa atención a estos bereberes (Chalmeta, 1994: 166-7), mientras que ha sido amplia y es bien conocida la prestada a los árabes (Terés, 1957). Siraj (1995) ha contribuido a la notable mejora del conocimiento de lo que la historiografía árabe ha transmitido como imagen de la Mauretania Tingitana. Junto con las aportaciones de Villaverde (2001), Bénabou (1976) y Modéran

(2003), permite disponer hoy de una base de conocimientos que hace más que aconsejable la revisión de todo el período.

La tesis etnológica tradicional, de contingentes de árabes y una mayoría de bereberes más o menos arabizados, se puede complementar razonablemente con la hipótesis del contacto de las variantes afrorrománicas y las iberorrománicas, como medio de comunicación que facilitó la conquista. Las hablas afrorrománicas y el latín seguían en uso en África, no puede cabernos duda de ello. En ciudades como Septem (Ceuta) nunca se había dejado de hablar latín y esto debía ser habitual en los núcleos urbanos, en los que se mantenía la romanización, incluso en el extremo occidental (Villaverde, 2001). Todos los datos recogidos anteriormente, de tipo arqueológico, filológico y antropológico, indican que la romanización era mucho más intensa y duradera de lo que Courtois y sus predecesores y seguidores habían supuesto y que los moros no la habían destruido. El latín en el Norte de África seguiría todavía durante siglos su lento proceso de desuso y al final, arrinconado entre el árabe magrebí y las hablas bereberes, terminaría por perderse, tras dejar huellas todavía por estudiar. En el estadio evolutivo presumible en el siglo VIII, la diferencia entre estas variedades del latín y las del norte del Estrecho no podía ser tan grande que impidiera la intercomprensión. Cabe por ello preguntarse cuál es el papel de las hablas afrorrománicas, como lenguas en contacto, en el proceso de evolución de las hablas iberorrománicas y, especialmente, del romance andalusí, mal llamado mozárabe, puesto que no se trata de una lengua de un grupo religioso y cultural, sino de una amplia base de la población andalusí (Marcos Marín: 1998).

Los contactos entre el beréber y el árabe andalusí, por su parte, han merecido de momento sólo un estudio incompleto, no exento de controversias sobre detalles (Lüdtke, 1968; Corriente: 2013; Ferrando, 1997; Noll: 2006), además de lo derivado de las condiciones inherentes al carácter propio del arabismo español (Marín: 2014). Aunque sea en el manido campo léxico, llama la atención alguna constante. Así, Corriente (2013: 4.1.4.1.), que es consciente de que los préstamos del beréber al romance, tras sus investigaciones, pueden llegar a la veintena, o los del beréber al

árabe andalusí exceder de cincuenta, busca la explicación de que esos préstamos sean muchos menos que los del romance en "tasas demográficas" o en que, por prestigio, trataran de pasar por árabes, "abandonando su lengua nativa" (que sería, para él, el beréber). Es consciente, explícitamente, de la necesidad de rechazar la interpretación tradicional, de la que habla con displicencia, de que los bereberes "estaban ya arabizados lingüísticamente". Señala que los préstamos del beréber se produjeron en los campos de los nombres de plantas y animales, de ropas y utensilios, de armas y útiles militares o de términos culinarios, o sea los intrínsecamente culturales. Como se advierte en el proceso similar americano, hay un léxico básico que permanece, porque corresponde a objetos de la cultura propia, no de la nueva. Los bereberes no habrían sustituido esos términos intrínsecos de su cultura por palabras latinas, como los indoamericanos no los sustituyeron por palabras españolas. Fuera de eso, no hay ninguna indicación de que los bereberes hablaran exclusivamente beréber y todo parece coincidir con la expectativa razonable de que hablaran al menos un *continuum* beréber-latino con progresiva introducción del árabe. Lo que habría que investigar, en suma, serían los términos de sus hablas afrorrománicas que pasaron a las iberorrománicas. Incluso el hecho de que el término para referirse a los musulmanes, en general, fuera *moros,* podría hacer pensar en cómo se llamarían a sí mismos esos *Mauri* que habían conquistado Hispania. Un examen léxico histórico más detenido del término *moro* y derivados podría contribuir a aclarar nuevos aspectos de esta interacción, poco o nada explorada hasta ahora desde el punto de vista lingüístico románico. Valga como muestra, cuantitativa, si se quiere, que, hasta 1492, en CORDE (2015-2-5) se recogen 5690 ejemplos de *moro, mora, moras,* que pueden ser polisémicos, y nada menos que 18362 de *moros,* en unos ochocientos documentos. 8580 de los ejemplos de *moros* (casi el 47%) aparecen (con sus variables gráficas) en el sintagma *moros y cristianos,* que significaba lo que hoy se expresa por "todo el mundo". El conocimiento de ese proceso de contacto entre afrorrománico e iberorrománico puede que aclare muchas de las preguntas sobre la diacronía medieval.

A continuación se presentarán, más que respuestas "definitivas" (adjetivo poco recomendable en el estudio científico), propuestas metodológicas para resolver las dudas planteadas por las nuevas preguntas que se plantean en el estado actual de las Filologías latina y románica o del estudio del árabe magrebí y andalusí hasta el siglo XI y el cambio que supuso la llegada de los almorávides desde fuera del limes romano. Los puntos que se desarrollarán son: 1) el bilingüismo en la Hispania romana, en la Mauretania y en África; 2) la lengua vasca como lengua del Bajo Imperio en su área de Hispania; 3) la lengua de visigodos y vándalos; 4) beréber, romance y árabe en el Magreb; 5) el afrorrománico de los bereberes en Al-Andalus; 6) romance andalusí, vasco-románico e iberorrománico en los orígenes del español.

A finales del siglo III a.J.C., a partir de las sucesivas derrotas de Cartago, Roma y su lengua, el latín, se fueron imponiendo en el Mediterráneo suroccidental, territorio que abarca Sicilia, Cerdeña, Hispania y el Magreb. Sólo en la última de estas cuatro partes se perdió su continuidad, que duró, de acuerdo con los testimonios epigráficos (Duval, 1973; Mattingly y Hitchner, 1995), unos catorce siglos. En lo que concierne a la parte africana, la novedad de este estudio, especialmente para los romanistas y arabistas, es transmitir la convicción de que se puede probar la continuidad del latín norteafricano hasta bastante más acá del célebre 711 y que en el complejo continuum de lenguas llevado a Hispania por los conquistadores musulmanes correspondió a las hablas afrorrománicas un espacio propio.

En investigaciones previas (Marcos Marín, 2015, 2016), recogidas en lo esencial en las páginas anteriores, se ha tratado de cómo se situó el latín en relación con el líbico-beréber y el púnico. Tras distanciarse del mito colonial del beréber irredento el investigador puede empeñarse en devolver a los *Mauri,* nuestros moros, su lugar en la romanización y su pervivencia (Modéran, 2003). Se han aportado datos suficientes (no meras hipótesis) para demostrar que en 711 en el norte de África la generalidad de los hablantes usaba un continuo bereber-latino, que contaba con muchos siglos de antigüedad y en el que, como en

todas las estructuras de ese tipo, la oscilación hacia el beréber o hacia el latín dependía de las condiciones diglósicas, del conocimiento de las lenguas por los hablantes, del contexto sociolingüístico y otros factores conocidos que regulan la conmutación de códigos. Algunos, todos o casi todos varones, hablaban árabe, la lengua introducida por los nuevos conquistadores. Ese latín o afrorrománico del continuo lingüístico, con el apoyo del cristianismo y en parte de bizantinos e hispanorromanos, había sobrevivido a los vándalos (Francovich Onesti, en prensa) y se había mantenido en los Mauri, incluso en territorios militarmente abandonados por Roma, como la Mauretania Tingitana (Camps, 1984; Villaverde, 2001). Abandonados por Roma, pero no por la Romania.

Cuando, tras un difícil final del siglo VII marcado por las conquistas, pérdidas y reconquistas de Cartago, el nuevo poder musulmán se hubo consolidado en el Magreb y, en 711, se inició la conquista de Hispania, era lingüísticamente imposible que se hubiera producido la arabización de lo que habría de formar el grueso del ejercito de conquista. Distintos autores habían apuntado, sobre todo por sentido común, que en un ejército compuesto por *mauri,* tenía que haber un lugar para lo afrorrománico, interpretado como un componente *mozárabe,* con una confusión que se mantiene en buena parte de la bibliografía en lo que concierne a ese término (Marcos Marín, 1971; Martínez Ruiz, 1978; Wright, 2012). El tercero, basado en estudios previos de otros autores (https://tenthmedieval.wordpress.com/tag/roger-wright/), sigue, al parecer, una idea de Hitchcock que no se encuentra, sin embargo, en Hitchcock (2013). El punto de partida de Marcos Marín (2015 y 2016) se halla en otros trabajos, especialmente los arqueológicos de Zozaya (2005, 2014) sobre el Duero y el alto Ebro, y estaba presente desde antes (Marcos Marín, 1971: 175-177). Sin embargo, este último trabajo participaba de la distorsión del punto de vista que domina en estos estudios, el del movimiento del norte al sur y no del sur al norte. Así, a propósito de las lápidas cristianas de Kairuán de mediados del siglo XI (Mahjoubi, 1966), se escribía (Marcos Marín, 1971: 177): "esta prueba palpable de la existencia de comunidades mozárabes y de su uso del

latín, bien que fuera restringido, en fecha tan tardía", donde lo exacto hubiera sido decir, en vez de "comunidades mozárabes", "comunidades cristianas afrorrománicas". Los elementos latinos en el norte de África se explican sencillamente por la continuidad del latín, ampliamente testimoniada, hasta el siglo XII. El ajuste del punto de vista implica que las influencias deben buscarse en Hispania por los afrorrománicos, más que en África por los iberorrománicos, sin excluir una amplia intercomunicación, tradicional y bien documentada. Hoy se sabe que el espacio del latín en la conquista iniciada en 711 tenía que ser mucho más que un lugar. El latín (en sus variantes afrorrománicas, naturalmente) era la lengua habitual de muchos de los componentes del ejército invasor, tras muchos siglos de uso. No se trata simplemente de elementos latinos en sus hablas bereberes, se trata de latín y romance. Tampoco se trata de que los bereberes hubieran aprendido el iberorromance, como parece desprenderse de otros análisis (Wasserstein, 1991), sino de sus propias variantes del latín. Estas variantes tuvieron que mezclarse muy pronto con las iberorrománicas, especialmente en las zonas de mayor presencia beréber y de menor latinización de los hispanos.

Los datos aportados proceden de cuatro tipos de fuentes, la Arqueología, en primer lugar, porque es el mejor conocimiento y el hallazgo de nuevos datos el que permite dar este paso, la Historia, porque también esta ciencia ofrece nuevos datos y nuevas interpretaciones, la Lingüística, porque se habla de lenguas, cuyas estructuras, gramática y léxico, hay que estudiar, y la Antropología, como Etnología, porque se estudia todo ello en pueblos que han ido evolucionando y de los que conviene recobrar lo que han conservado de su pasado, sin cometer el error tradicional de creer que ese pasado se tiene que mantener sin modificaciones. El papel que esta Romania sumergida bajo las lenguas que fueron ocupando el lugar del latín, esta *Romania Submersa* (Lancel, 1981; Fanciullo, 1992), pudo tener en el origen de las hablas iberorrománicas se basa en la aceptación y desarrollo de estas conclusiones de los estudios previos.

Hispania presentaba en la época romana al menos tres grandes grupos de lenguas, el ibérico en el Nordeste, el

celta y celtíbero en el centro y hacia el noroeste y el tartésico con otras lenguas en el sur y suroeste. La romanización no pudo tener la misma intensidad en todo el territorio; pero fue intensa, porque los hispanos participaron en distintas guerras romanas, incluso civiles, tomando parte por los dos bandos enfrentados y oponiéndose por ello entre sí, además de participar como auxiliares en guerras extrapeninsulares. Adams (2003, 2007, 2013), aunque preocupado sobre todo por el bilingüismo entre el latín y el griego, ha presentado con claridad las distintas posibilidades de bilingüismo hispánico, entre otras, demostrando que no es real la creencia tradicional en un latín general y uniforme.

En Mauritania, especialmente en la Tingitana, la cuestión se había presentado tradicionalmente de otra manera, como si la salida de las guarniciones militares a finales siglo III JC hubiera implicado inmediatamente el abandono del latín (Carcopino, 1943). No fue así, e incluso autores que no coinciden siempre en sus apreciaciones (Villaverde, 2001; Gozalbes Cravioto, 2010) sí lo hacen cuando valoran la pervivencia de las instituciones latinas, la realidad del cristianismo, que hay que unir a la continuidad del latín en Ceuta y su área de influencia. Además, los intercambios entre las dos orillas del Estrecho habían sido siempre frecuentes y, al menos desde el siglo I, era habitual que se realizaran en latín, como demuestran inscripciones, tanto de la Bética como de la Mauretania (Gozalbes Cravioto, 2006).

En lo que se refiere a la parte oriental del Magreb, no cabe ninguna duda de que se hablaron durante muchos siglos al menos tres lenguas (beréber, púnico y latín) que conformaron un *continuum* manifestado en el uso de diversas maneras. El bilingüismo púnico-latín está bien atestiguado y los ostracones de Bu Njem han permitido conocerlo con cierto detalle (Adams, 1994, 1999). El bilingüismo beréber-latín, con sus variantes y sus distintos niveles de uso, fue general.

Los historiadores del español coinciden en situar la lengua vasca entre las lenguas prerromanas, sin excepciones. La cuestión, sin embargo, no parece que se vaya a resolver en ese sentido. El análisis del paisaje lingüístico medieval

(Marcos Marín, 2014: 116-117) puede añadir luz sobre la migración de los vascos hacia el actual territorio de la Comunidad Autónoma Vasca o Euskadi, al oeste de los Pirineos, en época medieval. El término utilizado es *vasconización tardía.* Se trata de un conjunto de hipótesis en las que se sostiene que a fines de la Edad Antigua o comienzo de la Edad Media se habría producido un desplazamiento de los vascones hacia el oeste. Los territorios ocupados fueron los correspondientes a várdulos y caristios, quienes habitaban la mayor parte de la actual Comunidad Autónoma del País Vasco en época prerromana y romana. Ni está probado que várdulos y caristios hablaran euskera, ni que hubiera vascohablantes al suroeste de los Pirineos en época romana. También habría que distinguir *vasconización* (ocupación de un territorio por los vascones) de *vasquización* o *euskaldunización* (extensión del euskera a un territorio) porque ha aumentado el número de autores que sostienen que los váscones o vascones no hablarían euskera originalmente y que lo aprendieron como consecuencia de la penetración de pueblos euskéricos al sur de los Pirineos a principios de la Edad Media. Desde la más antigua referencia, en el historiador romano Plinio el Viejo, está clara la diferente distribución socio-política de várdulos, caristios y vascones para la administración romana. Se sabe, desde antes del siglo XVIII, que lo que se hablaba en la mayor parte del actual territorio vasco-español eran lenguas indoeuropeas, hoy se puede añadir que precélticas, sobre todo, con presencia celta posterior. Villar y Prósper (2005, 511) dejan claro que el 64% de la toponimia del País Vasco y Navarra corresponde a su sustrato lingüístico más antiguo y que este sustrato corresponde a una lengua indoeuropea "bastante más arcaica" que el celta. Pertenecen a este estrato, difícil de analizar en capas, los nombres de los ríos *Aturia, Sauga, Saunium, Menosca, Nerva.* En cuanto al río *Deva,* "es probablemente celta. No hay ningún nombre de río ni ibero ni euskera". El paisaje lingüístico está claramente configurado en este caso por la toponimia (Villar y Prósper: 2005) y desde 1965 se puede vincular, para el celta, con el mapa antroponímico de Untermann (1965), todo ello bien documentado (Almagro Gorbea: 2005, 2008). Esta referencia lingüística

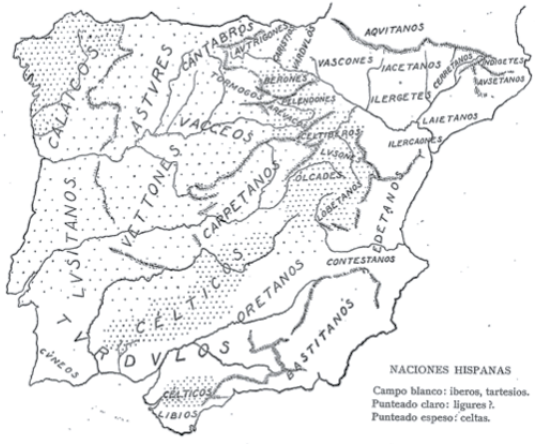
se complementa arqueológicamente con el *oppidum* celta de IruñaVeleia y con los crómlechs (primer milenio a. C., Edad del Hierro). Un crómlech es una estructura lítica formada por un círculo delimitado por piedras (en número y tamaño variables) clavadas en el suelo, se relaciona también con estructuras arqueológicas indoeuropeas. La penetración de francos en el territorio en los siglos VI y VII está bien documentada histórica y arqueológicamente, al igual que los contactos con Aquitania y la zona norpirenaica desde donde se habría producido esa euskaldunización tardía, contra la cual parecen haber perdido fuerza los argumentos de los defensores de una euskaldunización temprana del País Vasco (Gorrochategui: 1998).

Abaitua y Unzueta (2011: 6), desde el punto de vista que conjuga Arqueología, Historia y Lingüística, resumieron y matizaron las diferentes posturas y explicaron además una diferencia socio-cultural entre los investigadores "los expertos que podemos denominar "externos" (o alógenos) apoyan sin ambages y de manera unánime la teoría de que los territorios actuales de Álava (con Treviño), Vizcaya y Guipúzcoa fueron *vasconizados* en época tardoantigua. Contrariamente, los autores que denominamos "internos" (o *locales*) se dividen entre quienes optan por una matizada discrepancia y quienes se refugian en la ambigüedad o el silencio". La complejidad de la cuestión se resume en esta cita de Villar Liébana (2014: 268): "Aunque inmediatamente antes y durante la época romana debió haber infiltración de pequeños grupos, una penetración más numerosa de hablantes de paleo-euskera en Hispania fue un suceso post-romano, en gran medida medieval, que comportó la parcial euskerización secundaria del País Vasco y Navarra, tal como hoy la conocemos".

El cambio de perspectiva termina con el mito del euskera como lengua prerromana y lengua de sustrato (pasaría a serlo de adstrato). Adviértase que con ello no disminuye la importancia del euskera en la configuración del castellano de orígenes, que sigue conservando su condición (ahora más matizada y no exclusiva) de lengua vasco-románica. Por la importancia que tiene la nueva dimensión metodológica, conviene precisar dos términos. El primero de ellos es el de *vascones,* que, aunque conoci-

do desde la Antigüedad (Estrabón, Livio, Plinio y otros), "solo comenzó a asociarse con la lengua vasca en época altomedieval (siglos VI-VIII)" (Abaitua y Unzueta, 2011: 6). Los testimonios anteriores de los vascones "exhibían de manera predominante rasgos lingüísticos de tipo celtibérico (y solo exiguos indicios de vasquidad)". El segundo es el de *vasconización* (*ibid.),* "aunque con rigor habría que hablar de *aquitanización* o *euskerización* (o también *vasquización*)". No se trata de algo nuevo, pues ya Gómez-Moreno había advertido del carácter celtíbero de supuestos términos vascos y precisado (1925: 477):

> "Las modernas provincias Vascongadas, con el distrito de Estella en Navarra, no varían de sus colindantes occidentales por el aspecto de las estelas votivas y funerarias, símbolos, nombres, etc., en cuanto mantienen caracteres de su modalidad indígena. Sobre todo la nomenclatura personal admite comparaciones de valor definitivo, probatorias de que allí vivían gentes de raza cántabro-astur, sin el más leve rastro de vasquismo perceptible".



> "No cabe relacionar, por tanto, a los pueblos prerromanos (vascones, várdulos o caristios) con los dialectos del euskera ya que ambas realidades están separadas, al menos, por seiscientos años de Historia (Abaitua y Unzueta, 2011: 22-23)".

El proceso, en síntesis muy escueta, habría sido el siguiente: la lengua vasca es una lengua pre-indoeuropea que estaba en uso desde la Edad de Bronce (antes de 1200 a JC) en su territorio de procedencia. Este territorio era relativamente amplio y se situaba al norte de los Pirineos. A principios del siglo VI se había producido ya un desplazamiento de parte de esa población hacia el área de Pamplona, de donde se extendió hacia Vitoria y, desde allí, hacia el norte y el sur. Los préstamos de las hablas romances se presentan en todos los dialectos, lo que indica que se produjeron en el período medieval, a partir del siglo VI, y que el proceso de diferenciación dialectal del vascuence fue posterior. "El proceso de expansión es relativamente corto, acotable entre los siglos VI al XII, y en el que pueden concurrir diferentes dinámicas y acontecimientos que propiciaran movimientos de población (y de su lengua asociada); no debiéndose a un solo motivo histórico. Hechos como el repliegue visigodo a las tierras peninsulares tras la derrota de Vouillé (507), que tuvo que suponer el traslado de otros contingentes humanos asociados; las incursiones merovingias, francas y visigodas; la acción de la Iglesia; los levantamientos vascones, el origen y consolidación del reino de Pamplona; las políticas de repoblación medieval y otras fueron probablemente la causa múltiple del desplazamiento" (Abaitua y Unzueta, 2011: 24 y Figura 3). Es posible que, en 711, el rey visigodo Rodrigo estuviera luchando en el área de Pamplona contra estos nuevos pobladores, o contra los francos que los empujaban, cuando se produjo la conquista musulmana. En todo caso, los bereberes que se instalaron en la zona de la Bureba, como se verá, se encontraron con el avance hacia el sur de esta emigración euskérica, lo que tuvo consecuencias mayores de lo supuesto hasta ahora en el romance de la zona.

Los invasores germanos, aunque conservaran una preferencia por sus antropónimos étnicos, mucho más sonoros

y ricos semánticamente que los latinos, y por una serie limitada y bien definida de términos, habían transcurrido tanto tiempo dentro de las fronteras imperiales y sufrido tan claro proceso de asimilación, jurídica y religiosa, que escribían en latín y hablaban también en las variantes orales de esa lengua. Entre 269 y 375 los godos habían colonizado la provincia de Mesia, en la margen derecha del Danubio, donde Ulfilas tradujo la Biblia al gótico, el año 350, en un texto que muestra la fuerte influencia del latín. Gamillscheg (1932: 119) precisa que "en el transcurso del siglo V, un buen número de palabras góticas latinizadas debieron de haber penetrado en el latín vulgar, que era la lengua que empleaban los germanos colonizados en regiones románicas para comunicarse con los romanos y también entre ellos mismos". Desde Mesia, empujados por la llegada de los hunos el 375, los visigodos se fueron desplazando por el sur del río Danubio hasta establecerse en la Galia Narbonense y, finalmente, a principios del siglo VI, en Hispania, donde ya habían estado presentes desde el siglo anterior. En cuanto a los vándalos, que incorporaron a un grupo relativamente grande de hispanorromanos en su paso por Hispania hacia Africa, la epigrafía testimonia el uso del latín incluso en las tumbas de obispos arrianos (Béjaoui, 2008: Fig. 9). Además, existe el testimonio directo ya mencionado que no deja dudas sobre el uso del latín como lengua corriente entre ellos. Se trata del concilio de obispos arrianos y católicos (niceanos) del primero de febrero de 484 autorizado por el rey Hunerico (Vita, 2011: II, 52-55) en el que los obispos católicos niceanos recriminaron al arriano *Cyrila*, cuando éste intentó excusarse con la falsa pretensión de no saber latín: "Nescio latine" ('no hablo latín'). Los obispos católicos dejaron patente esa falsedad diciéndole: "Semper te latine esse locutum manifesto novimus; modo excusare non debes" ('estamos seguros de que siempre has hablado latín; tampoco quedas disculpado"). El contexto recoge otras citas textuales en latín, lo que aclara la situación de la lengua latina como lengua, no sólo común, sino habitual. El texto muestra también una cierta ingenuidad, porque, si *Cyrila* hubiera querido reforzar su posición lingüística, lo normal es que,

en lugar de haber dicho, en latín, *nescio latine*, hubiera utilizado la lengua que se suponía que hablaba.

El latín y sus variantes, afrorrománicas (Mattiacci, 2014), reforzado por su uso como lengua jurídico-administrativa y religiosa, se había impuesto sobre la lengua púnica, hablada en la provincia romana de Africa, que pudo perdurar hasta el s. VI J.C. (Saumagne, 1953; Cox, 1988; Kerr, 2010) y convivía con el beréber, en las distintas situaciones normales en el contacto de lenguas, formando un continuo no exento de cierto prestigio, como demuestra una anécdota recogida en el *Kitāb al-Ta`rīj* de ᶜAbd al-Malik b. Habib, un autor del siglo IX (m. 852 o 53), quien (1991: §136,58; Rouighi, 2011: 66) narra una historia de tipo bíblico: Cuando Moisés se acercó a Dios en el monte, Dios le habló primero en la lengua de los bereberes (*lisān al barbar)* y se presentó como Dios en esa lengua; pero Moisés no comprendía. Dios siguió probando en distintas lenguas, hasta que logró hacerse comprender. Además del dato lingüístico, una moraleja del cuento puede ser dotar a los bereberes de un pasado bíblico, lo que, dentro del islam, tiene sus ventajas. Teniendo en cuenta lo acontecido en las relaciones entre bereberes y árabes tras la conquista árabe, estas historietas están muy justificadas. Felipe (1990) ha estudiado la aparición desde muy pronto de descripciones con observaciones muy negativas sobre los primeros, por parte de autores andalusíes, señalando la importancia de las leyendas árabes sobre los bereberes, como los relatos bíblicos que los relacionan con uno u otro de los hijos de Noé. También (2008) ha analizado los contactos lingüísticos entre árabe y beréber en el Magreb y Al-Andalus, basada en autores árabes.

Tras la conquista musulmana el árabe se fue imponiendo en el Magreb con el período de transición generacional que todo cambio lingüístico de esas dimensiones exige. Esta imposición fue unida a la superación de numerosos enfrentamientos con los bereberes (Rouighi, 2011: 56, 58-59), quienes conservaron su lengua en distintas variantes, que dieron origen a las diferentes variedades que se utilizan todavía hoy, aunque con una notable restricción de su territorio original. El latín pervivió tanto en la forma escrita como en la hablada. En la epigrafía cristiana se

documenta bien hasta el siglo XII, que se considera el momento final del cristianismo original magrebí. En la lengua oral se documenta hasta una fecha tan tardía como 1154. Simonet (1888: XXXI, n. 1) tomó de Dozy y de Goeje un texto de un geógrafo nacido en Ceuta a principios del siglo XII, Abu ᶜAbd Allah Muhammad al-Idrīsī al-Qurtubī al-Hasanī al-Sabtī, conocido como Edrisi o al-Idrisi. Este autor, en la descripción de la ciudad de Capsa (hoy Gafsa, Túnez), llama a sus habitantes "Romanos africanos" (*al-rūm al-Ifāriqa)* y explica que "sus moradores están hoy berberizados, y la mayor parte de ellos hablan [*sic*] el latín africano" (*bi-l-latīnī-l-ifrīqī).*

Entre la conquista musulmana y el siglo XI convivieron en Al-Andalus el latín, con sus variantes romances (afrorrománicas e iberorrománicas), el beréber, el árabe y el hebreo. La Arqueología (Zozaya, 1993, 1998) permite la reconstrucción de los poblamientos; pero es menos útil en lo que concierne a la distribución de las lenguas. Los datos arqueológicos deben ser interpretados teniendo en cuenta también los históricos y los lingüísticos, que también son históricos. Del uso del latín y el romance hay suficientes testimonios recogidos por muchos autores y resumidos, entre otros, por Simonet (1888: xxv-xxxiv), Ménendez Pidal (1943: 36-45) o Marcos Marín (1971: 187-194). Sobre la evolución del contacto entre árabe y lenguas románicas, con interesantes precisiones metodológicas, véase Viguera (2010). Interesa además recordar la observación de Viguera (2013: 210): "En relación con las referencias esperables a dimmíes [i.e. cristianos] en escenarios históricos, pero que no aparecen mencionados, la cuestión hay que remitirla a las constataciones sobre los silencios textuales acerca de determinados grupos". Es decir, que sería razonable esperar un número mucho mayor de testimonios si la historia no hubiera sido escrita en árabe por musulmanes. Con todo, los ejemplos del uso del romance aparecen reflejados en muchos textos. Una anécdota que Lévi-Provençal (1932: 132) toma del *Manual del perfecto zabazoque,* sobre un fraude en el mercado de esclavas del siglo X, ilustra hasta qué punto las hablas romances estaban bien extendidas en la población:

> "Los mercaderes de esclavos, declara el almotacén de Málaga, disponen de mujeres ingeniosas y dotadas de

una gran belleza, que dominan la lengua romance y saben vestirse como las cristianas. Cuando algún cliente forastero les pide una esclava recién importada de una región cristiana, el mercader le promete que se la encontrará pronto y mantiene vivo su deseo; pero le va dando largas de un día a otro, mientras entretiene su esperanza.

"Al final le presenta una, asegurándole que se halla extenuada del viaje, ya que la acaban de traer del norte. Al mismo tiempo se ha asegurado la colaboración de un compinche, un supuesto dueño de la esclava, a quien corresponde recibir el dinero. Le dicen que éste acaba de comprarla en la Frontera Superior y que la ha pagado muy cara, ya que estaba deseoso de poder llevarse una esclava de importación reciente y presentarla como algo especial. Una vez terminado el negocio, los dos compinches se reparten el dinero con la esclava. Y ésta se va enseguida con su comprador al lugar de residencia de éste.

"Si está satisfecha del trato que recibe, aprovecha la situación para pedir a su amo que la liberte y se case con ella. En caso contrario, da a conocer su condición de mujer libre y lleva ante el oficial de la policía judicial de la localidad donde se encuentran sus documentos de rescisión de contrato (*istirá)* y los restantes que acreditan, sin lugar a dudas, sus derechos de mujer libre. El comprador, con el contrato de compra y con el acta que le obliga a concederle la libertad, pide al vendedor el rembolso de la suma pagada por la mujer. Pero el mercader de esclavos declara que ignora dónde vive el vendedor y se limita a decir: "Era un hombre bien conocido como comerciante e importador de esclavas cristianas y de otros lugares". Y resultan vanos todos los esfuerzos del desventurado, que pierde su dinero".

Se trata de una anécdota; pero es una entre muchas e ilustra bien además que eran mujeres las que dominaban el romance, se supone que además del árabe. Es un fenómeno que se produce cuando por alguna razón, como una conquista, llega a un área una gran cantidad de hombres que, sin o con muy escasas mujeres de su lugar de origen, toman las del lugar conquistado.

Para el conocimiento de árabe, hebreo y latín o romance se puede añadir (Aillet, 2010: 133) otra anécdota, ahora

de Mošeh b. ‘Ezra, un gran escritor judío nacido en Granada entre 1055 y 1060, fallecido *p.* 1138, tras exiliarse a Castilla después de la toma de su ciudad por los almorávides en 1090. Dedicó una de sus obras a las relaciones entre el árabe y el hebreo. Cuenta en ella que, antes de 1090, puesto que la anécdota se sitúa en la época de su juventud en Granada, un alfaquí le pidió que recitara los diez mandamientos en árabe. Se trataba de rebajar la belleza del texto original en la traducción, por lo que Mošeh b. ‘Ezra le respondió que le recitara la primera sura del Alcorán, la *Fātiha,* en latín, “puesto que era uno de los que conocían esa lengua y sabían hablarla”. El alfaquí comprendió que la traducción no podía ser comparable al texto original y se disculpó por su petición. Es difícil saber si *latín* significa exactamente la lengua latina o una de sus variaciones románicas. Lo que el texto testimonia es que el hebreo y el latín, o sus variantes, se utilizaron, junto al árabe, al menos hasta la llegada de los almorávides, al mismo tiempo que, como indica Aillet, *l.c.,* la lengua tenía una vinculación directa con “la conservación y la expresión de la identidad religiosa”.

En cuanto al beréber, Meouak (2010-2011: 276), quien utiliza una bibliografía amplia y recorre una diacronía extensa, comienza planteándose la necesidad de estudiar si el uso de la lengua beréber podía llevar a esos hablantes a ser relegados a un estatuto social inferior o incluso definitivamente marginados en el Magreb. La situación en el norte de África y en Al-Andalus era diferente, porque los bereberes de esta segunda área, de número mucho más restringido que los magrebíes, se arabizaron más rápida y completamente. ElHour (2015: 50) cita un texto de Abū l-Hasan ᶜAlī b. ᶜUmar al-Andalusī de Elvira de 402/1101, que dice: “La mayoría de los bereberes del norte de África se mantuvieron como bereberes hablantes mucho más tiempo que sus homólogos andalusíes, y estuvieron menos expuestos a las ideas islámico-árabes”. La situación de los bereberes de al-Andalus estaba relacionada, como propuso Shatzmiller (1994: cap. 6; *vid. et.* Monroe, 1970, 81), con la división étnica del trabajo, como infraestructura laboral del mundo islámico. En el Magreb fue más fácil mantener la separación con otros grupos, mientras que en Al-Andalus, especial-

mente a medida que crecía la presión de los cristianos, la posibilidad de mantenerse fuera del mundo arabófono era más difícil. En los reinos del norte sería la aproximación al romance la que restringiera las posibilidades del beréber.

El contacto del beréber y el latín (entendidos siempre con sus variantes, salvo que se advierta otra cosa) se puede analizar con utilidad desde varias perspectivas. En la filológica, cabe distinguir, en una primera época, los trabajos que podrían llamarse "de norte a sur", es decir, los que se centran en la presencia de elementos latinos en las hablas bereberes (Schuhardt, 1918; Wagner, 1936). Se aprecia una cierta variación en Martínez Ruiz (1978), con una versión más equilibrada, en la que se ponen en paralelo el latín africano y el hispánico, sin advertir la importancia que un numeroso contingente de bereberes romanizados pudo tener en la historia de los romances ibéricos. Tampoco se advierte esa posibilidad en Lewicki (1958), cuyo punto de vista se centra en el sur. En esa línea, Petersmann (1998) se replanteó la pregunta sobre la existencia de un latín africano y sus variantes, añadiendo las nuevas posibilidades que ofrecen los avances de la Lingüística en el estudio del bilingüismo latino, desarrolladas por Adams, especialmente (1994, 1999, 2003, 2007, 2013). Otros investigadores, como Corriente (1998, 2013) o Ferrando (1997) se han preocupado por los berberismos en el árabe andalusí, sin advertir el contacto inevitable entre afrorrománico e iberorrománico, especialmente en el romance andalusí. De hecho, entre las diversas razones que da Ferrando (1997: 106) respecto a la situación lingüística de los bereberes en Al-Andalus, no se menciona la que pudiera explicar por qué se encuentran tan pocos berberismos en el árabe andalusí, frente a los frecuentes en el magrebí, que sería el uso de hablas afrorrománicas por los bereberes, algo que les sería mucho más útil para comunicarse con los hispanos que sus dialectos camíticos, de cuyo uso tan poco se sabe. Ninguna investigación sobre el árabe andalusí se ha planteado hasta ahora la posibilidad de diferenciar los préstamos afrorrománicos de los iberorrománicos en ese haz lingüístico, mucho mejor conocido hoy en múltiples aspectos gracias a los trabajos de Corriente y sus discípulos o seguidores.

Conocer el número de bereberes que cruzaron el Estrecho en las sucesivas invasiones sería muy esclarecedor. Los datos de los historiadores árabes y las conclusiones de los occidentales no dan una idea demasiado clara (Viguera, 1995: 49-50):

> "Sobre la ocupación del territorio recordemos que es imposible cuantificar con exactitud esas referencias a "mayoría", "intermedio" o "minoría" de población. J. Bosch calculó de forma relativa en 40.000 o 50.000 el número de árabes llegados con las primeras oleadas del siglo VIII, y en 350.000 los bereberes de esa misma etapa, y que sometieron por las armas o por pacto a unos 4.000.000 de autóctonos. Por su parte P. Guichard señalaba que el número de combatientes musulmanes en su conjunto sería de unos 150.000 a 200.000. Por otro lado, las cifras que ofrecen las Crónicas árabes parecen muy reducidas, por afán de magnificar la hazaña, y así suelen indicar que con Tāriq desembarcaron, en 711, 12.000 bereberes, con Musà, un año después, 18.000 árabes; con Balŷ, en 740, 8.000 árabes más, aparte de 2.000 clientes, y que la inmigración fue un goteo incesante, cuya magnitud sólo tardíamente alguna fuente se atreve a ponderar."

Parece razonable suponer que la primera invasión, la de Tariq, en 711, se realizó con un ejército de bereberes posiblemente de la Tingitana, dado el papel de Ceuta ("oficialmente" de lengua latina desde hacía siglos) y Tánger en ese momento. La inmediata llegada de Mūsà fue muy diferente, porque se tiene la mención expresa de que ya incorporaba árabes, de los que se explicita un contingente yemení; pero también incluía bereberes. Estos pudieron proceder de la Tingitana, de la Cesariense o incluso de más al este, hasta la provincia de Africa. Los de Balğ fueron sirios y, puesto que se trataba de luchar contra los bereberes sublevados, no es probable que incluyera a muchos, que serían de *Africa* (Ifriqiya), más probablemente. No hay datos concretos.

También se sabe que los árabes se establecieron preferentemente en los valles del sur y el este, mientras que los bereberes ocuparon zonas montañosas del sur y el centro y la zona norte, en el valle del Duero y parte del Ebro, donde se encontraron en inmediata vecindad con los cristianos.

Las crónicas musulmanas, como el *Ajbar Maǧmuᶜa,* detallan los enfrentamientos entre bereberes y árabes en Al-Andalus, que coinciden también con sublevaciones y levantamientos en el norte de África. En el año 741 el walí Abd-al-Malik pidió ayuda al gobernador de Africa (Ifriqiya), Balǧ ibn Bišr al-Qusayrī, quien llegó así a Al-Andalus con un contingente militar sirio, lo destituyó y apresó, tras derrotar a los bereberes y permaneció como walí de Al-Andalus hasta su muerte en 742. Los bereberes sublevados habían obligado a los árabes del norte (con la excepción de los de Zaragoza, que eran más numerosos) a desplazarse a zonas del centro de la Península. Después de su derrota no está completamente clara su suerte y cabe la posibilidad de que varios grupos bereberes permanecieran en las zonas donde se habían establecido y que serían reconquistadas años después por los cristianos. Estos aspectos etnolingüísticos no se habían tenido en cuenta previamente, a la hora de establecer la presencia y extensión de las hablas afrorrománicas en la Península Ibérica; pero ahora tienen que ser considerados.

Como los estudios arqueológicos confirman (Zozaya, 2014), los conquistadores musulmanes se establecieron en Al-Andalus en tres zonas de influencia que corresponden, *grosso modo,* a tres bandas o franjas horizontales: 1) valle del Guadalquivir, 2) del Tajo y 3) del Duero con la cabecera alta y curso medio del Ebro. La tercera franja, la norteña, de menor interés económico y más inestable, por su proximidad a las fronteras cristianas, correspondió principalmente a los bereberes y es en ella donde cabe esperar más posibilidades de encontrar elementos afrorrománicos. También conviene recordar que se trata del territorio donde se establecieron cristianos andalusíes (los llamados tradicionalmente "mozárabes") emigrados o huidos de las zonas musulmanas. Menéndez Pidal había sido partidario en principio (1943: 56-57) de la existencia de un terreno despoblado en el área norte del Duero, el "desierto estratégico"; pero más adelante se corrigió (1960: LV) y afirmó rotundamente que: "No hubo despoblación, y esto es esencial para considerar rectamente e[l] dialectalismo de la Península. El famoso "desierto estratégico" en la cuenca del Duero no era sino una tierra de cristianos…; no era

"tierra de nadie", propiamente dicho, ya que los cristianos de allí contaban con algún apoyo de los reyes y los condes". La inexistencia de ese desierto estratégico, aceptada hoy en general por los historiadores y defendida siempre por los filólogos, se analizó con más detalle en Marcos Marín (1971: 173-182), en relación con otros elementos filológicos, si bien hay que tener en cuenta que el término *mozárabe,* empleado en esas páginas por influencia de Simonet, confundía "cristiano" y "hablante de romance". Hubiera sido más claro si se hubiera especificado cuándo se trataba de afrorrománico o iberorrománico, según el origen de los supuestos "mozárabes" a los que se hacía referencia e independientemente de que fueran cristianos, musulmanes, andalusíes o africanos. (Sobre ese error terminológico v. Marcos Marín, 1998). Los "rasgos lingüísticos de tradición primitiva", que señala Menéndez Pidal (*l.c.)* y que "no coinciden en una misma línea fronteriza", permiten un análisis que tenga en cuenta, no sólo los elementos iberorrománicos, sino también otros que pudieron ser aportados en el curso de una historia de conquista y reconquista que, para los siglos VIII y IX especialmente, tendrá que ser reconstruida por la Arqueología y la Lingüística, dada la ausencia o escasez de fuentes históricas coetáneas.

La relación entre la Arqueología y la Lingüística (Heggarty, 2015) se presta a innumerables discusiones, generalmente por la dificultad de diálogo entre especialistas de materias generalmente distantes, que manejan fuentes de datos y métodos de análisis con frecuencia muy diferentes. Esto es particularmente cierto en el caso de la prehistoria, en el que, por definición, los testimonios lingüísticos dependen de la reconstrucción. En el caso de la arqueología medieval, los datos lingüísticos suelen ser más firmes, aunque no siempre. Faltan también, con frecuencia, testimonios escritos. Una vía de encuentro es prescindir, al menos temporalmente, de la aspiración a comprender los cambios en la evolución de culturas y lenguas en el macronivel, para fijarse en los mecanismos de una serie de microniveles. No hace falta estar en condiciones de alcanzar una explicación global, basta con ir encontrando explicaciones parciales que se pueden ir yuxtaponiendo y que van ampliando la visión de conjunto, sin tener que alcan-

zar la comprensión completa. Igual que en la reconstrucción de un edificio o un objeto artístico, siempre hay secciones que quedarán en blanco, en la reconstrucción de una pieza lingüística a partir de fragmentos habrá necesariamente que conformarse, al menos transitoriamente, con una parte del todo. La combinación de arqueología y toponimia puede ser rentable, si se tienen en cuenta algunas precauciones metodológicas. La primera de ellas es manejar con especial precaución los topónimos que corresponden a antropónimos, nombres de persona. Las personas utilizan nombres que no indican que hablen una lengua, sino que consideran de prestigio ciertos elementos culturales. Es un buen testimonio el uso de abundantes antropónimos de origen inglés en el español actual, sin que ello signifique, en absoluto, que los así denominados hablen inglés. De hecho, en la antroponimia en español, los nombres más empleados históricamente no son latinos, son bíblicos o germánicos. Desde el siglo V se fueron imponiendo los antropónimos germánicos (Kramer, 1998), con un auge a partir de 641, instalación completa de los visigodos en Hispania, del mismo modo que muchos cristianos andalusíes, incluso clérigos, llevaron nombres árabes. De ahí la relevancia del inicio del estudio de Piel (1960: 531): "La conocida importancia del elemento germánico en la toponimia peninsular está en razón directa con la frecuencia de los antropónimos medievales de este origen […]. En efecto, y salvas raras excepciones, la enorme masa de los nombres de lugar de origen germánico, más concretamente visigodo, tiene su fundamento en nombres de propietarios y fundadores de pueblos de la Edad Media […]. La parte que en la toponimia hispánica cabe a los nombres comunes germánicos es mínima, reduciéndose a tres o cuatro casos seguros". La misma precaución metodológica respecto a nombres propios e incluso gentilicios cabe en lo que concierne a los topónimos árabes (Oliver Asín, 1974; Vernet, 1960). En estos, dicho sea de paso, son muchos más los nombres comunes.

La toponimia que interesa en esta fase del estudio es la que, en conjunción con la Arqueología, proporcione nuevos datos que apunten a la relación y los posibles contactos entre el afrorrománico y el iberorrománico en el período

posterior a la conquista musulmana. Aunque algunas publicaciones (Jiménez Gadea, 1995) no habían podido mostrar resultados concluyentes, la situación ha podido revertirse en trabajos más recientes. Zozaya (1998: 93) respondió de este modo a la pregunta lingüística:

> "Por otra parte hay que tener en cuenta una serie de hechos que generalmente se han obviado, y uno, y no por ello el menos importante, es el del idioma. ¿En qué idioma se entendían los invasores con los invadidos? Ciertamente en latín, introduciendo algunos elementos en árabe, pues no es comprensible que, de la noche a la mañana, 4.00[0].000 millones de personas hablen el idioma de 20.000 – 30.000 invasores, la mayor parte de los cuales procedían [*sic*] de tierras del norte de Africa, fuertemente romanizada... Esta comunicación debió seguir un proceso lento de asimilación, y ayuda a explicar la 'traducción' de topónimos al bajo latín de Hispania."

Reiteró esa afirmación más tarde en un artículo que culminaba una serie de trabajos previos sobre la repoblación del Valle del Duero (2005: 19): "no hablaban, en su mayoría, árabe. Hablarían sus dialectos beréberes, y, desde luego, su latín". No le correspondía explicar qué caracterizaría a este latín afrorrománico; pero afirmaba (*ibid.)* que "podrían comunicar perfectamente con los nativos de este lado del Estrecho". En Zozaya (1998: 96-136) se resumieron diversos trabajos previos y se ampliaron para presentar una amplia serie de tablas que relacionan topónimos y equivalentes árabe-romance: *Hayŷar al-Nasr / Peña del Águila (Cabeza Lijar, Aguilar* y derivados), *Qubb / Alcoba* y derivados, *qasr,* a veces *burŷ / Castro* y derivados, o la variante arcaica *'Iskar* reiterativo-explicativo en *Castilíscar*, con artículo beréber en *Tíscar.* El enfoque propuesto es que estos topónimos (y otros como *atalaya)* "conforman, militarmente, una administración de un territorio. Es decir: su defensa y el control de la población" (*ibid.:* 97). Para completarlo enlaza con una propuesta de González (1975) u Oliver Asín (1974) y estudia los derivados de *quintum,* en relación con *joms,* y *villa,* En las tablas siguientes, Zozaya (1998: 102-109) establece la relación entre los topónimos de los tipos *Aguilar, Alhama, Arco,*

Atalaya, Bayt(¿), Burŷ, *Castillo, Castro, 'Iskar*, linajes, *Mouro, otero , paredes, qubba, quinta-jums, rabal, torre, villa,* los lugares en que aparecen y su emparentamiento, para analizar a continuación (*ibid*: 109- 134), con los mismos parámetros, otros topónimos . Salvo casos aislados, los topónimos se relacionan en distancias que no superan los ocho kilómetros.

Hubo que esperar a un trabajo posterior (Zozaya, 2014), dedicado a La Bureba, para poner en relación la toponimia concreta de un territorio con los afrorromanos y sus circunstancias históricas, en el marco de la repoblación. La región, en el límite con el País Vasco, tuvo un claro valor estratégico, que refuerza su interés para el estudio de determinados patrones toponímicos que Zozaya (2014: 872) enfoca desde la perspectiva del árabe y de la traducción al latín, pues "estos topónimos corresponden, casi seguramente, a sustantivos árabes traducidos al latín por los soldados beréberes" que se fueron instalando en la región. Más tarde el proceso se invirtió, pues, al producirse la reconquista cristiana, o bien los campesinos musulmanes fueron sustituidos por otros, cristianos, o bien se convirtieron y se quedaron en sus tierras. Eso produjo fenómenos de traducción del árabe al romance o de etimología popular, con reinterpretación de las palabras árabes incomprensibles como palabras románicas parecidas. Es decir, en una primera fase, de ocupación musulmana, los topónimos romances corresponden a bereberes hablantes de latín, que utilizan en la toponimia terminología romance en vez de árabe (o junto a la árabe, en todo caso minoritaria). En una segunda fase, de reconquista cristiana (Marsá, 1960), los términos romances permanecen y se incrementan mediante procesos lingüísticos conocidos, mientras que los términos árabes se van reduciendo, por adaptación, desuso o cambio de la denominación. La lentitud con la que se producen los procesos de adaptación se asocia (Zozaya, 2014: 873) con los doce años que tardó el árabe en imponerse en las monedas o la pausada transformación de la cerámica o la talla a bisel.

Los cuatro elementos toponímicos que forman el patrón básico en esa zona de la Bureba son (*ibid.:* 875): *quinta* y derivados, *aguilar* y derivados, *castro* y derivados y *villa* y

derivados. Con ciertas discrepancias con otros lugares, el patrón produce, en estos 900 km² (*ibid.*: 882), dieciséis *Quintana* y derivados, once *Villa,* dos *Qubb,* una *atalaya,* tres *Aguilares,* un *Castrum,* y dos *Burdj.* El caso, raro para esta extensión, de *Alcocero* (patrón *Castrum)* es característico de una posesión real, por lo que todo ello coincide en mostrar un sistema de distribución organizado y centralizado. Se trataría de un asentamiento de bereberes con una doble finalidad, reforzar la frontera norte, frente a los vascones, y abrir espacios de reubicación para norteafricanos desplazados a su vez de sus zonas originales por la presión de la conquista.

La relación entre religión y lengua (Ariza, 1990), en la hagiotoponimia (Lopez Santos, 1960), puede ofrecer también datos de interés para estas consideraciones etnolingüísticas. Es cierto que los santos africanos podían ser conocidos en Hispania por la constante relación entre ésta y el Norte de África; pero el estudio toponímico ofrece algunas peculiaridades que se comprenderían mejor si se relacionaran con la presencia de norteafricanos (hablantes de romance) en la zona del Duero al alto Ebro.

La interacción del romance andalusí, vasco-románico e iberorrománico en los orígenes del español que se desprende de la propuesta anterior y de trabajos previos (Marcos Marín, 2015, 2016, 2016b) implica una reconsideración de numerosos aspectos que la bibliografía tradicional no había logrado explicar satisfactoriamente. De modo sumario se apuntan ahora algunos de ellos. El conocimiento del afrorrománico es, por el momento, limitado y no permite, por ejemplo, determinar si existía una unidad básica en esas variantes del latín o si hay que plantearse la existencia de protorromances muy diferenciados, que hubieran podido dar lugar a lenguas distintas. También hay que tener en cuenta que los datos que hay que manejar corresponden en la mayoría de los casos al siglo VIII y anteriores, muy pronto para que se puedan registrar ciertos cambios que se podrían dar en registros ajenos a la lengua escrita, incluso del tipo menos formal, como pueden ser los ostracones. Siempre conviene tener en cuenta, además, qué soluciones pueden coincidir con el sardo, aunque, en el estado actual de los conocimientos, no parece

muy plausible la propuesta de un grupo lingüístico sardo-afrorrománico. En todo caso, hay elementos que permiten hacerse bastantes preguntas. En lo que concierne a la fonética, en el vocalismo, está claro que no se conservó, si es que alguna vez existió, la diferencia cuantitativa, entre largas y breves. Eso no significa que el afrorrománico se encaminara hacia una solución de tipo sardo, con igualación de los resultados de los cinco timbres cardinales, coincidentes en sardo, en castellano y en vascuence (*a, e, i, o, u)*, sino que habrá que revisar también los tipos de vocalismo románico en la Península Ibérica, que parecen bien establecidos; pero que podrían ofrecer algunas variantes no canónicas (Alonso, 1962: 23-45). Lo mismo cabe decir del problema de la existente aunque muy escasa documentación de un posible inicio de diptongación descendente de vocales medias cerradas del latín vulgar (Marcos Marín, 2000). Ni los textos visigóticos ni los andalusíes ni los afrorrománicos ofrecen por el momento ninguna información sobre diptongación ascendente de las vocales medias abiertas; pero estudiosos como Yakov Malkiel (1962, 1984, 1984b) han señalado algunas peculiaridades que habría que volver a estudiar, con nuevos datos.

En el consonantismo, llama la atención el betacismo general del afrorrománico y del vascorrománico, con ejemplos claros en latín visigótico e iberorromano. Las transcripciones del árabe, que carece de [v], como el castellano, son poco útiles. Es necesario revisar las evoluciones del romance andalusí y los préstamos al árabe; pero parece bastante probable que ese fenómeno, que diferencia al castellano de las lenguas periféricas romances de Hispania, ofrezca una solución común en los tres modelos comparados. Otro fenómeno consonántico que llama poderosamente la atención es la palatalización de la [s] final de sílaba, que en el caso del castellano y el aragonés, se documenta en las transcripciones al árabe en todos los casos de /s/ y contrasta con la solución castellana del grupo árabe [st]. Las transcripciones del latín africano al árabe ofrecen la solución [ʃ], con grafía *šīn* (ش) en final de palabra y habrá que revisar primero las transcripciones de –s implosiva y luego las restantes, sin olvidar la suerte de las consonantes implosivas en general. En lo que concierne a la leni-

ción, si bien la fecha es muy temprana y hay que contar con la influencia de la lengua escrita, el afrorrománico parece alinearse con el italiano en la conservación de las sordas intervocálicas, salvo en el caso de que vayan seguidas de yod. donde se encuentran ejemplos que indican algún tipo de sibilante o quizás palatal. La ausencia del fonema /p/ en árabe no debe inducir a confusión: *caputia* > *kabudja* es un ejemplo claro de lenición y palatalización de [t+j]; pero la grafía *–b-* del árabe no es válida como ejemplo de lenición.

Las evoluciones en Morfología y Sintaxis tienden a ser difíciles de apreciar en el tipo de textos conservados, lo que sin duda obliga a un ejercicio más detenido de análisis. Adams (2007: 501-502, 510, 517, 717), cuyo límite es, en todo caso, el 600 JC, resulta menos útil en este rubro que en otros; pero se puede resaltar su indicación de la formación de los nuevos tiempos compuestos con *habeo + participio,* su estudio de *habeo* en la formación del futuro, no tanto como soluciones concretas, sino en la perspectiva del cambio de una lengua más sintética a una lengua más analítica. En la línea de Lapesa (1964), se pueden sumar la simplificación de la declinación, la reducción y confusión de las formas de caso (también Adams, 2007: 510), que ofrecen abundantes ejemplos en textos de las tres áreas. Con todo ello se puede llegar a un planteamiento renovado de la morfología y sintaxis nominales.

El léxico necesita una profunda revisión, para la cual, a falta del abortado *Diccionario Histórico,* existen por fortuna suficientes herramientas, muchas asequibles en formato digital, como los ricos corpus textuales. El árabe andalusí ha sido revisado exhaustivamente por Corriente (bibliografía completa en Corriente: 2013); pero falta la revisión del beréber andalusí y la criba de los elementos que son iberorrománicos, pero pudieran ser afrorrománicos o comunes, en obras lexicográficas o de terminología científica que, en muchos casos, cuentan con estudios muy aprovechables, aunque alejados de la perspectiva que se propone, como Simonet (1888).

Se impone, como corolario de lo dicho, una conclusión que refleja lo anunciado en el título y desarrollado en las páginas previas y otros trabajos en marcha: los nuevos

estudios sobre el bilingüismo en el mundo latino, el desarrollo de la filología románica y de los estudios sobre el beréber, el cambio en la situación ibérica de la lengua vasca, los mejores y más amplios conocimientos históricos y los espectaculares avances de la Arqueología hacen necesario replantearse el estudio de los orígenes del español y reformular todo cuanto sea concluyente. La combinación de historia, lingüística, arqueología y antropología abre caminos prometedores. Se debe a un grupo entusiasta liderado por Bénabou y Modéran, principalmente, el cambio en la orientación y el inicio de una fase de estudios interdisciplinares. Todo ello, siempre, en una línea de máxima consideración y respeto a los trabajos de quienes precedieron, porque sin sus aportaciones, que incluyen sus posibles errores, hubiera resultado imposible seguir avanzando. En todo caso, Bénabou limita su trabajo cronológicamente, hasta finales del siglo III, mientras que Modéran, que llega hasta la conquista musulmana, lo limita geográficamente, a la parte oriental del territorio. De esta manera quedan abiertos los interrogantes que afectan precisamente a la zona más próxima a Hispania. Villaverde y Siraj han contribuido de manera intensa a rellenar ese vacío. La conquista árabe tiene implicaciones históricas, ciertamente, o lingüísticas, además de su significado religioso; pero también afecta a la concepción misma de España y de la evolución política de la Península Ibérica. Sobre todo ello se han pronunciado, con explicaciones a veces enfrentadas, respetables autores. Así tal vez sea oportuno recordar una frase de Étienne Baluze en una carta al marqués de Mondéjar, que recuerda otro gran investigador francés (Morel-Fatio, 1899: 4), cuya transcripción respetamos: *Qui suas horas collocare vult in refellendis aliorum scriptis, non debet vulgarium scriptorum lucubrationes insectari, sed cum summis contenderé.*

BIBLIOGRAFÍA

ABAITUA ODRIOZOLA, Joseba y Mikel UNZUETA PORTILLA (2011): «Ponderación bibliográfica en historiografía lingüística. El caso de la "vasconización tardía"», *Oihenart,* 26, 2011, 5-26.

CABD AL-MALIK B. HABIB (1991) *Kitāb al-Ta`rīj,* edición Jorge Aguadé, Consejo Superior de Insvestigaciones Científica, Madrid.

ADAMS, James Noel (1994): «Latin and Punic in contact? The case of the Bu Njem ostraca», *The Journal of Roman Studies,* 84, 87-112.

ADAMS, J.N. (1999): «The poets of Bu Njem: language, culture and the centurionate», *The Journal of Roman Studies,* 89, 109–134.

ADAMS, J.N. (2003): *The Regional Diversification of Latin 200 BC – AD 600,* Cambridge University Press, Cambridge – New York etc.

ADAMS, J.N. (2007): *Bilingualism and the Latin Language,* Cambridge University Press, Cambridge – New York.

ADAMS, J.N. (2013): *Social Variation and the Latin Language,* Cambridge University Press, Cambridge – New York.

AILLET, Cyrille (2010): *Les mozarabes. Christianisme, islamisation et arabisation en Péninsule Ibérique (IXe-XIIe siècle)*, Casa de Velázquez, Madrid.

ALMAGRO GORBEA, MARTÍN (2005): "Etnogénesis del País Vasco: de los antiguos mitos a la investigación actual", *MUNIBE (Antropologia – Arkeologia)* 57, *Homenaje a Jesús Altuna,* 345-364.

ALMAGRO GORBEA, M. (2008): *Los orígenes de los vascos. Lección de ingreso como amigo de número leída el día 24 de junio de 2008,* Madrid, Real Sociedad Bascongada de los Amigos del País.

ALVAR EZQUERRA, Antonio (2014) Leptis Magna, la ciudad libia del emperador Septimio Severo. Conferencia en la Fundación Juan March, 9 de enero, Madrid, http://recursos.march.es/culturales/documentos/conferencias/pp3044.pdf. (Consultado el 16 de mayo de 2015).

ALONSO, Dámaso (1962): *La fragmentación fonética peninsular,* en *Enciclopedia Lingüística Hispánica,* I, suplemento, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Madrid.

APPLEGATE, Joseph R. (1970): «The Berber Languages», *Current Trends in Linguistics,* ed. Thomas A. Sebeok, vol. 6: Linguistics in South West Asia and North Africa, 586-661, Mouton, The Hague.

ARIZA, Manuel (1990): «Religión y lenguaje», en *Profesor Francisco Marsá / Jornadas de Filología,* Universidad de Barcelona, 17-30.

BASSET, André (1952): *Handbook of African Languages, Part I. La langue berbère,* Oxford University Press, London, New York and Toronto.

BÉJAOUI, Fathi (2008): «Les Vandales en Afrique: Témoignages archéologiques. Les récents découvertes en Tunisie», en Berndt y Steinacher, 197-212.

BÉNABOU, Marcel (1976): *La résistance africaine à la romanisation,* François Maspero, Paris. [2a. ed. 2005, La Découverte, Paris].

BERNDT, Guido M. y Roland STEINACHER eds. (2008): *Das Reich der Vandalen und seine (Vor-) Geschichten,* Institut für Mittelalterforschung der Österreichischen Akademie der Wissenschaften, Wien.

BINGEN, Jean; Adam BÜLOW-JACOBSEN; Walter E.H. COCKLE; Hélène CUVIGNY; Lene RUBINSTEIN; Wilfried VAN RENGEN (1992): *Mons Claudianus, Ostraca Graeca et Latina I (O.Claud.1-190),* Documents de fouilles de l'IFAO XXIX, Cairo.

BINGEN, J.; A. BÜLOW-JACOBSEN; W. E.H. COCKLE; H. CUVIGNY; F. KAYSER; W. VAN RENGEN (1997): *Mons Claudianus, Ostraca graeca et latina II, O.Claud. 191 à 416,* Institut Français d'Archéologie Orientale, Documents de fouilles de l'IFAO 32, Cairo.

BONNAL J.-P. y P.-A. FÉVRIER (1966-1967) «Ostraka de la région de Bir Trouch», *Bulletin de l'Archéologie Algérienne,* 2, 239-249.

BRUGNATELLI, Vermondo (1999): «I prestiti latini in berbero: un bilancio», *Afroasiatica Tergestina: papers from the 9th Italian Meeting of Afro-Asiatic (Hamito-Semitic) Linguistics, Trieste, April 23-24, 1998,* Marcello Lamberti & Livia Tonelli, eds., Unipress, Padova, 325-332.

BULLO, Silvia (2002): *Provincia Africa: le città e il territorio dalla caduta di Cartagine a Nerone,* "L'Erma" di Bretschneider, Roma.

BÜLOW-JACOBSEN, Adam (2009) : *Mons Claudianus. Ostraca Graeca et Latina IV. The Quarry-Texts (O.Claud. 632-896)* Institut français d'archéologie orientale (DFIFAO XXXXVII), Cairo.

CAMPS, Gabriel (1984): «Rex gentium Maurorum et Romanorum. Recherches sur les royaumes de Maurétanie des VIe et VIIe siècles», *Antiquités africaines,* 20, 183-218.

CARCOPINO, Jérôme (1943): *Le Maroc antique,* Gallimard, Paris.

CASTRO, Américo (1948): *España en su historia. Cristianos, moros y judíos,* Losada, Buenos Aires.

CASTRO, A. (1954): *La realidad histórica de España,* Porrúa, México. Edición renovada en 1962, tercera edición, con nueva introducción, 1966.
CASTRO, A. (1972): *De la España que aún no conocía,* Finisterre, México.
CHALMETA, Pedro (1994): *Invasión e islamización. La sumisión de Hispania y la formación de al-Andalus,* Mapfre, Madrid.
CLARKE, Nicola (2011): «Medieval Arabic accounts of the conquest of Cordoba: Creating a narrative for a provincial capital», *Bulletin of the School of Oriental and African Studies,* 74, 41-57.
CLARKE, N. (2012): *The Muslim Conquest of Iberia: Medieval Arabic Narratives,* Routledge, New York.
CORDA, Antonio M. (2006): «Massa, Fundus, Saltus. Osservazioni sull'organizzazione del territorio in Nordafrica dalla conquista romana al tempo di Gregorio Magno», *Per longa maris intervalla:Gregorio Magno e l'Occidente Mediterraneo fra tardoantico e altomedioevo.* Cagliari, 17-18 dicembre 2004, vol. 1, Pontificia Facoltà Teologica della Sardegna Cagliari, 1-22.
CORRIENTE, Federico (1998): «Le berbère en *Al-Andalus*», *Études et documents berbères,* 15-16, 269-275.
CORRIENTE, F. (2013): *A Descriptive and Comparative Grammar of Andalusi Arabic*, Institute of Islamic Studies of the University of Zaragoza – Brill, Leiden – Boston.
COURTOIS, Christian (1950): «Saint Augustin et le problème de la survivance du punique », *Revue Africaine,* Alger, 94, 259-282.
COURTOIS, C. (1955): *Les Vandales et l'Afrique*, Arts et Métiers Graphiques, Paris.
COX, Michael G. (1988): «Augustine, Jerome, Tyconius and the *lingua Punica*», *Studia Orientalia* 64, 83-105.
CUOQ, Joseph (1984): *L'Église d'Afrique du Nord du IIe au XIIe siècle,* Le Centurion, Paris. [*Vid. et.* la reseña de Vincent LAGARDÈRE en *Bulletin Critique des Annales Islamologiques,* 4, 1987, 137-139].
CUVIGNY, Hélène (2000): *Mons Claudianus. Ostraca Graeca et Latina III. Les reçus pour avances à la familia (O.Claud. 417 à 631),* Institut français d'archéologie orientale (DFIFAO XXXVIII), Cairo.
DALL'ARCHE, Mario O.F.M. (1967): *Scomparsa del Cristianesimo ed espansione dell'islam nell'Africa* settentrionale, Fiamma Nova, Roma.
DIEHL, Charles (1896): *L'Afrique byzantine : histoire de la domination byzantine en Afrique (533-709),* Ernest Leroux, Paris.
DUVAL, Noël (1973): «Les recherches d'épigraphie chrétienne en Afrique du Nord (1962-1972)», *Mélanges de l'École française de Rome. Antiquité,* 85-1, 335-344.

E.L.H. (1960): *Enciclopedia lingüística Hispánica,*I, *Antecedentes y onomástica.* ed. Manuel Alvar, A. Badía, R. de Balbín, L.F. Lindley Cintra, Consejo Suprior de Investigaciones científicas, Madrid-

ElHour, Rachid (2015): «Reflexiones acerca de las dinastías bereberes y lengua bereber en el Magreb medieval», *MEAH, sección árabe-islam,* 64, 45-59.

Encyclopédie Berbère http://encyclopedieberbere.revues.org/ [21 de septiembre de 2014].

Falluomini, Carla (1999): *Der sogenannte Codex Carolinus von Wolfenbüttel (Codex Guelferbytanus 64 Weissenburgensis).* Mit besonderer Berücksichtigung der gotisch-lateinischen Blätter (255, 256, 277, 280). Harrassowitz Verlag in Kommission, Wiesbaden. [Wolfenbütteler Mittelalter-Studien, Band 13].

Falluomini, C. (2010): «Il codice gotico-latino di Gießen e la Chiesa vandalica», en Piras, 341-358.

Fanciullo, Franco (1992): «Un capitolo della *Romania submersa:* il latino africano», *Actes du XVIIIe Congrès international de linguistique et philologie romanes; Université de Trèves (Trier) 1986,* Niemeyer, Tübingen, I, 162-187.

Felipe, Helena de (1990): «Leyendas árabes sobre el origen de los beréberes», *Al-Qantara,* 11/2, 379- 396.

Felipe, H. de (2008): «Medieval Linguistic Contacts: Berber Language through Arab Eyes», en M. Lafkioui & V. Brugnatelli (eds), *Berber in Contact, Linguistic and Sociolinguistic Perspectives,* Köppe, Köln, 19-37.

Ferrando, Ignacio (1997): «G.S. Colin y los berberismos del árabe andalusí», *Estudios de dialectología norteafricana y andalusí,* 2, 105-145.

Fierro, María Isabel (2011): «Los que vinieron a Al-Andalus», *Zona arqueológica,* 15/1, *711, Arqueología e historia entre dos mundos,* 165-176.

Francovich Onesti, Nicoletta (2002): *I Vandali. Lingua e storia,* Carocci, Roma.

Francovich Onesti, N. (2010): «Le testimonianze linguistiche dei Vandali nel *regnum Africae* fra cultura latina ed eredità germaniche», en Piras, 359-384.

Francovich Onesti, N. (en prensa): «Tracing the language of the Vandals», *The Vandals and the Sueves*, G. Ausenda, S. Barnish , A. Rodolfi, eds., Woodbridge, San Marino.

Gamillscheg, Ernst (1932): «Historia lingüística de los visigodos», *Revista de Filología Española,* XIX, 117-150, 229-260.

Gil Egea, María Elvira (1998): *África en tiempos de los vándalos: continuidad y mutaciones de las estructuras sociopolíticas romanas,* Universidad de Alcalá, Alcalá de Henares.

GÓMEZ-MORENO, Manuel (1925): «Sobre los iberos y su lengua», *Homenaje a Menéndez Pidal,* III. Hernando, Madrid, 475-499.

GONZÁLEZ, Julio (1975): *La repoblación de Castilla La Nueva,* 2 vols. Universidad Complutense, Madrid.

GORROCHATEGUI, Joaquín (1998): «Algunas reflexiones sobre la prehistoria de la lengua vasca.». *Lección inaugural del curso académico 1998-99 de la UPV*. Universidad del País Vasco.

GOZALBES CRAVIOTO, Enrique (2006): «Documentos epigráficos acerca de las relaciones entre Hispania y *Mauretania Tingitana», L'Africa romana XVI*, *Rabat 2004*, vol. II, 1337-1350.

GOZALBES CRAVIOTO, Enrique (2010): «La romanización de *Mauretania Tingitana* (Marruecos)*», Espacio, Tiempo y Forma, Serie II, Historia Antigua*, 23, 519-540.

HANNOUM, Abdelmajid (1999): «Historiographie et légende au Maghreb : la Kâhina ou la production d'une mémoire», *Annales. Histoire, Sciences Sociales,* 54/3, 667-686.

Heggarty, Paul (2015): «Prehistory through language and archaeology», en *The Routledge Handbook of Historical Linguistics,* ed. Claire Bowern & Bethwyn Evans, Routledge, London, New York.

HITCHCOCK, Richard (2013): *Mozarabs in Medieval and Early Modern Spain: Identities and Influences,* Ashgate, Aldershot / Burlington.

INSCRIPCIONES http://handley-inscriptions.webs.com/northafrica.htm [20 de septiembre de 2014].

JIMÉNEZ GADEA, Javier (1995): «Los asentamientos beréberes en Al-Andalus», *V Semana de Estudios Medievales*, Instituto de Estudios Riojanos, Nájera, 209-215.

KAEGI, Walter E. (2010): *Muslim Expansion and Byzantine Collapse in North Africa,* University Press, Cambridge.

KERR, Robert M. (2010): *Latino-Punic Epigraphy,* Mohr Siebeck, Tübingen.

KRAMER, Dieter (1998): «A volta da problemática dos nomes de origem germânica na Península ibérica», en Erwin Koller, Hugo Laitenberget (eds.), *Suevos-Schwaben, Das Königreich der Sueben auf der Iberischen Halbinsel (411-585),* Gunter Narr, Tübingen, 115-135,

LANCEL, Serge (1981): «La fin et la survie de la Latinité en Afrique du Nord. État des questions», *Revue des études latines,* 59, 1981, 269-297.

LAPESA MELGAR, Rafael (1964): «Los casos latinos: restos sintácticos y sustitutos en español», *Boletín de la Real Academia Española,* 44, 57-106.

LE BLANT, Edmond (1890): *L'épigraphie chrétienne en Gaule et dans l'Afrique Romaine,* Ernest Leroux, Paris.

LEHMANN, Reinhard G. (2008): «'Who needs Phoenician?'Vom Nutzen des Phönizischen für das Verständnis der Sprache des Antiken Israel Überlegungen und Beispiele, WITTE, Maarkus / Johannes F. DIEHL, 1-36.

LEPELLEY, Claude (1979): *Les cités de l'Afrique romaine au Bas-Empire, tome I: La permanence d'une civilisation municipale,* Institut des études augustiniennes, collection des études augustiniennes, Paris.

LEPELLEY, C. (1981): *Les cités de l'Afrique romaine au Bas-Empire, tome II: Notices d'histoire municipale,* Institut des études augustiniennes, collection des études augustiniennes, Paris.

LÉVI-PROVENÇAL, Evariste (1932): *L'Espagne musulmane au Xème siècle. Institutions et vie sociale,* Larose, Paris.

LEWICKI, Tadeusz (1958): «Une langue romane oubliée de l'Afrique du Nord. Observations d'un arabisant», *Rocznik Orientalisticzny*. XVII, 415-480.

LIVERANI, M. ed. (2005): *The Archaeology of Libyan Sahara*, II, *Aghram Nadharif. The Barkat Oasis (Sha'abiya of Ghat, Libyan Sahara) in Garamantian Times*, All'Insegna del Giglio, Firenze.

LÓPEZ BARJA DE QUIROGA, Pedro y Francisco Javier LOMAS SALMONTE (2004): *Historia de Roma,* Akal, Madrid.

LÓPEZ SANTOS, Luis (1960): «Hagiotoponimia», en *E.L.H.* I, 579-614.

LORENZETTI, Luca y Giancarlo SCHIRRU (2010): «Un indizio della conservazione di /k/ dinanzi a vocale anteriore nell'epigrafia cristiana di Tripolitania», en TANTILLO y BIGI (2010), 303-311. [Bibliografía en la conjunta del volumen: 503-536].

LÜDTKE, Helmut (1968): «El beréber y la lingüística románica», *XI Congreso internacional de lingüística y filología románicas,* II, CSIC, Madrid, 467-471. Discusión, 472.

MAHJOUBI, Ammar (1966): «Nouveau témoignage épigraphique sur la communauté chrétienne de Kairouan au XIème siècle», *Africa,* Túnez, I, 85-105.

МАХЛАЮК, Александр Валентинович (2004): *Традиции, ментальность и идеология римской императорской армии,* tesis doctoral en ciencias históricas de la Universidad de Nizhni Novgorod. http://www.dissercat.com/content/traditsii-mentalnost-i-ideologiya-rimskoi-imperatorskoi-armii [21 de septiembre de 2014].

MALKIEL, Yakov (1962): «Towards a Unified System of Classification of Latin-Spanish Vowel Correspondences», *Romance Philology,* XVI, 153-169.

MALKIEL, Y. (1984): «Old Spanish resistance to diphtongization, or previous vowel lengthening», *Language,* 60, 70-114.

MALKIEL, Y. (1984b): «Spanish diphtongization and accentual structure (in diachronic perspective)», *Diachronica,* I, 217-241.

MANZANO MORENO, Eduardo (2006): *Conquistadores, emires y califas. Los omeyas y la formación de al-Andalus,* Crítica, Barcelona.

MARCOS MARÍN, Francisco (1971): *Poesía narrativa árabe y épica hispánica. Elementos árabes en los orígenes de la épica hispánica,* Gredos, Madrid.

MARCOS MARÍN, F. (1998): «Romance andalusí y mozárabe: dos términos no sinónimos», *Estudios de Lingüística y Filología Españolas. Homenaje a Germán Colón,* Gredos, Madrid, 335-341.

MARCOS MARÍN, F. (2000): «La diptongación protohispánica», Universidad de Chile, *Boletín de Filología. Homenaje a Ambrosio Rabanales*, XXXVII, 1998-99 [2000], 713-728.

MARCOS MARÍN, F. (2014): «El paisaje lingüístico de la Península Ibérica en la Edad Media», *Vir bonus dicendi peritus: Studies In Honor Of Charles B. Faulhaber,* Antonio Cortijo Ocaña, Ana M. Gómez-Bravo, María Morrás (eds.), New York: Hispanic Seminary of Medieval Studies, [2015], 109-127.

MARCOS MARÍN, F. (2015): «Notas sobre los bereberes, el afrorrománico y el romance andalusí», *Hesperia Culturas del Mediterráneo,* 19, 203-221.

MARCOS MARÍN, F. (2016): «Los posibles contactos africanos del romance andalusí», *Homenaje a Carlos Alvar,* en prensa.

MARCOS MARÍN, F. (2016b): «Las fronteras del latín africano», en las *Actas del X Congreso Internacional Estudios de Frontera, homenaje a Pedro Martínez Montávez, Alcalá la Real 5-6 junio 2015,* en prensa.

MARICHAL, Robert (1979) : «Les ostraca de Bu Njem», *Comptes rendus des séances de l'Académie des Inscriptions et Belles-Lettres,* 123/ 3, 436-452.

MARICHAL, R. (1992): *Les Ostraca de Bu Njem,* (*Libya Antiqua,* supplément VII), Grande Jamahira Arabe, Libyenne, Tripoli.

MARÍN, Manuela (2014): «Reflexiones sobre el arabismo español: tradiciones, renovaciones y secuestros», *Hamsa. Journal of Judaic and Islamic Studies 1,* 1-17.

MARSÁ, Francisco (1960): «Toponimia de reconquista», en *E.L.H.* I, 615-646.

MARTÍNEZ DÍEZ, Gonzalo (2005): *El condado de Castilla (711-1038). La historia frente a la leyenda,* Junta de Castilla y León, Valladolid.

MARTÍNEZ RUIZ, Juan (1978): «Latinidad norteafricana contingente a la hispánica», *XIV Congresso internazionale di lingüística e filología romanza, atti, Napoli, 15-20 aprile*

1974, ed. Alberto Várvaro, G. Macchiaroli, Napoli - John Benjamins, Amsterdam, II, 51-60.

MATTIACCI, Silvia (2014): «Apuleius and *Africitas*», *Apuleius and Africa,* Benjamin Todd Lee, Ellen Finkelpearl and Luca Graverini, eds. Routledge, N. York, 87-111.

MATTINGLY, David J. y HITCHNER, R. Bruce (1995): «Roman Africa: An Archaeological Review», *The Journal of Roman Studies,* 85, 165-213.

MENÉNDEZ PIDAL, Ramón (1926): *Orígenes del Español. Estado lingüístico de la Península Ibérica hasta el siglo XI*, Espasa Calpe, Madrid. 2ª ed. corregida y adicionada, 1929. 3ª ed. muy corregida y adicionada, 1950.

MENÉNDEZ PIDAL, R. (1943): *El idioma español en sus primeros tiempos,* Espasa-Calpe Argentina, Buenos Aires, México.

MENÉNDEZ PIDAL, R. (1960): «Repoblación y tradición en la cuenca del Duero», *Enciclopedia Lingüística Hispánica,* I, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Madrid, xxix-lvii.

MEOUAK, Mohamed (2010-2011): « Retour sur la lengue berbère au Moyen Âgre à la lumière des géographes al-Bakrī et al-Idrīsī», *Études et documents berbères,* 29-30, 275-309.

MERRILLS, Andrew H. ed. (2004): *Vandals, Romans and Berbers. New Perspectives on Late Antique North Africa,* Ashgate, Aldershot / Burlington.

MERRILLS, A. H. & Richard MILES Eds. (2010): *The Vandals,* Wiley-Blackwell, Chichester.

MESNAGE, Père J. (1915): *Le Christianisme en Afrique. Déclin et extinction,* Adolphe Jourdan, Alger, Auguste Picard, Paris.

MODÉRAN, Yves (2001), «Mythe et histoire aux derniers temps de l'Afrique antique: à propos d'un texte d'Ibn Khaldûn », *Revue historique,* t. CCCIII/2, 315-341.

MODÉRAN, Yves (2003), *Les Maures et l'Afrique romaine (IVe – VIIe siècle),* Publications de l'École française de Rome, Roma.

MONROE, James T. (1970) : *The Shu'ubiyya in al-Andalus; The risala of Ibn Garcia and five refutations,* University of California, Berkeley.

MOREL-FATIO, Alfredo (1899): «Cartas eruditas del Marqués de Mondéjar y de Étienne Baluze (1679-1690)», *Estudios de erudición española. Homenaje a Menéndez y Pelayo en el año vigésimo de su profesorado,* I, Victoriano Suárez, Madrid, 1-39.

NOLL, Volker (2006): «La aglutinación del artículo árabe *al* en el léxico español», *Cosmos Léxico,* XIV, 35-49.

OLIVER ASÍN, Jaime (1974): *En torno a los orígenes de Castilla. Su toponimia en relación con los árabes y los beréberes,* Real Academia de la Historia, Madrid.

PETERSMANN, Hubert (1998): «Gab es ein afrikanisches Latein? Neue Sichten eines alten
Problems der lateinischen Sprachwissenschaft,» *Estudios de lingüística latina. Actas del IX Coloquio Internacional de Lingüística Latina,* Benjamín García-Hernández, ed., Ediciones Clásicas, Madrid, 125–136.
PETERSON, David (2009): *Frontera y lengua en el Alto Ebro, siglos VIII-XI. Las consecuencias e implicaciones de la invasión musulmana,* Instituto de Estudios Riojanos, Logroño. https://www.academia.edu/2050302/Frontera_y_lengua_en_el_Alto_Ebro
PIEL, Joseph M. (1960): «Toponimia Germánica,» en *E.L.H.,* I, 531-560.
PIRAS, Antonio ed. (2010), *Lingua et ingenium. Studi su Fulgenzio di Ruspe e il suo contesto,* Nuove Grafiche Puddu, Sandhi, Cagliari.
PONS BOIGUES, Francisco (1898): *Ensayo bio-bibliográfico sobre los historiadores y geógrafos arábigo-españoles,* obra premiada por la Biblioteca Nacional en el concurso público de 1893 e impresa a expensas del Estado, Madrid.
PRESEDO VELO, Francisco J. (2003): *La España bizantina,* Universidad, Sevilla.
PROCOPIO DI CESAREA (1977): *Le Guerre. Persiana, Vandalica, Gotica*, ed. M. Craveri, Einaudi, Torino.
PROCOPIUS (1914): *With an English Translation by H. B. Dewing in Six Volumes*, William Heinemann, London; The Macmillan Co., New York.
QUEDENFELDT, M[ax] (1888): «Eintheilung und Verbreitung der Berberbevölkerung in Marokko», *Zeitschrift für Ethnologie,* 20, 98-130.
REYNOLDS, Joyce Marie & John B. WARD-PERKINS (2009): *Inscriptions of Roman Tripolitania*, enhanced electronic reissue by Gabriel Bodard and Charlotte Roueché, http://inslib.kcl.ac.uk/irt2009/ [21 de septiembre de 2014].
RÖSSLER, Otto (1962): «Die lateinischen Reliktwörter im Berberischen und die Frage des Vokalsystems der afrikanischen Latinität», *Beiträge zur Namenforschung,* 13, 258-262.
ROUIGHI, Ramzi (2011): «The Berbers of the Arabs», *Studia Islamica,* 106 / 1, 49-76.
SAUMAGNE, Charles (1953): «La survivance du punique en Afrique aux Ve et Ve siècles après J.C», *Karthago,* IV, p. 169 - 178.
SCHUHARDT, Hugo (1918): *Die romanischen Lehnwörter im Berberischen,* Alfred Hölder para la kaiserliche Akademie der Wissenschaften, Wien.
SHATZMILLER, Maya (1994): *Labour in the Medieval Islamic World,* Brill, Leiden.

SIMONET, Francisco Javier (1888): *Glosario de voces ibéricas y latinas usadas entre los mozárabes, precedido de un estudio sobre el dialecto hispano-mozárabe,* Fortanet, Madrid.
SIRAJ, Ahmed (1995): *L'image de la Tingitane. L'Historiographie arabe médiévale et l'Antiquité nord-africaine.* École Française, Rome.
SNÆDAL, Magnús (2003): «The Gothic Text of Codex Gissensis», en Christian T. Petersen, ed., *Gotica minora,* II. *Scripta nova & vetera.* Syllabus, Frankfurt.
TALBI, Mohammed (1971): «Un nouveau fragment de l'Histoire de l'Occident musulman (62-196, 682-812). L'épopée d'Al-Kahina», *Les Cahiers de Tunisie,* 19, 19-52.
TANTILLO, Ignazio y Francesca BIGI (2010): *Leptis Magna. Una città e le sue iscrizioni in epoca tardoromana,* Bonatti, Università degli studi di Cassino.
TERÉS, Elías (1957): «Linajes árabes en al-Andalus según la Yamhara de Ibn Hazm», *Al-Andalus,* XXII, 55-112 y 337-376.
UNTERMANN, Jürgen (1965): *Elementos de un atlas antroponímico de la Hispania antigua*, Bibliotheca Praehistorica Hispana VII, Madrid.
VÄÄNÄNEN, Veikko (1965): *Étude sur le texte et la langue des Tablettes Albertini,* Suomalainen Tiedeakatemia, Helsinki.
VALLEJO GIRVÉS, Margarita (2012): *Hispania y Bizancio: Una relación desconocida,* Akal, Madrid.
VELÁZQUEZ SORIANO, Isabel (2004): *Las pizarras visigodas. (Entre el latín y su disgregación. La lengua hablada en Hispania, siglos VI-VIII),* Real Academia Española, Madrid, Instituto Castellano y Leonés de la Lengua, Burgos.
VENDRELL PEÑARANDA, Manuela (1976): *Las antologías poéticas hispanas. Contribución al estudio de la vida literaria de los siglos VI-IX,* Facultad de Filología, Santiago de Compostela.
VENDRELL PEÑARANDA, M. (1979): «Estudio del códice de Azagra, Biblioteca
Nacional ms. 10029», *Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos,* 82, 655-705.
VERNET GINÉS, Juan (1960): «Toponimia arábiga», en *E.L.H.* I, 561-578 + 4 mapas.
VIGUERA MOLINS, María Jesús (1995): «El establecimiento de los musulmanes en Spania-al-Andalus», *V Semana de Estudios Medievales*, Instituto de Estudios Riojanos, Nájera, 35-50.
VIGUERA MOLINS, M. J. (2010): «Lengua árabe y lenguas románicas», *Revista de Filología Románica,* 19, 45-54.
VIGUERA MOLINS, M. J. (2011): «La conquista según las fuentes textuales árabes», *Zona arqueológica,* 15/1, *711, Arqueología e historia entre dos mundos,* 123-134.

VIGUERA MOLINS, M. J. (2013): «Dimmíes en crónicas de al-Andalus: intereses y estrategias reflejadas en *al-Muqtabis* II-1 de Ibn Hayyān», en Maribel Fierro y John Tolan (eds), *The legal status of dimmī-s in the Islamic West (second / eighth – ninth / fifteenth centuries,* Brepols, Turnhout, 199-212.

VIGUERA MOLINS, M. J. (2014): «Cristianos entre musulmanes: la iglesia mozárabe», en *La Iglesia en la historia de España*, ed. Juan Antonio Escudero, Marcial Pons, Madrid, 295-305.

VILLAR LIÉBANA, Francisco (2014): *Indoeuropeos, iberos, vascos y sus parientes: Estratigrafía y cronología de las poblaciones prehistóricas,* Universidad, Salamanca.

VILLAR LIÉBANA, F. y Blanca María PRÓSPER PÉREZ (2005): *Vascos, celtas e indoeuropeos: genes y lenguas,* Universidad de Salamanca, Salamanca.

VILLAVERDE VEGA, Noé (2001): *Tingitana en la antigüedad tardía, siglos III-VII: autoctonía y romanidad en el extremo occidente mediterráneo*, Real Academia de la Historia, Madrid.

VINDOLANDA *Tablets Online* http://vindolanda.csad.ox.ac.uk/ [19 de septiembre de 2014].

VITA, Victor DE (2002): *Histoire de la persecution Vandale en Afrique. La passion des sept martyrs. Registre des provinces et cités d'Afrique*. Textes établies, traduits et commentés par Serge Lancel, Les Belles Lettres, Paris.

VITA, Victor VON (2011): *Historia persecutionis Africanae provinciae temporum Geiserici et Hunerici regum Wandalorum. Kirchenkampf und Vervolgung unter den Vandalen in Africa. Lateinisch und deutsch.* Herausgegeben, eingeleitet und übersetzt von Konrad Vössing, WBG (Wissenschaftliche Buchgesellschaft), Darmstadt.

VIZCAÍNO SÁNCHEZ, Jaime (2009): *La presencia bizantina en* Hispania *(siglos VI-VII). La documentación arqueológica,* Universidad, Murcia.

WAGNER, Max Leopold (1936): *Restos de latinidad en el norte de África,* Biblioteca da Universidade, Coimbra.

WASSERSTEIN, David J. (1991): «The language situation in al-Andalus», *Studies on the Muwassah and the Kharja; Proceedings of the Exeter International Colloquium*, ed. by Alan Jones and Richard Hitchcock. Ithaca Press for University, Reading, 1-15.

WITTE, Maarkus / Johannes F. DIEHL (2008): *Israeliten und Phönizier,* Academic Press, Fribourg; Vanderhoeck & Ruprecht, Göttingen.

WREDE, Ferdinand (1886): *Über die Sprache der Vandalen. Ein Beitrag zur germanischen Namen- und Dialektforschung,* Karl J. Trübner, Strassburg, Trübner & Comp., London.

WRIGHT, Roger (2012): «Late and Vulgar Latin in Muslim Spain: the African Connection», *Latin vulgaire, latin tardif IX: actes du IXe Colloque international sur le latin vulgaire et tardif, Lyon, 2-6 septembre 2009,* édité par Frédérique Biville, Marie-Karine Lhommé, Daniel Vallat, Publications de la Maison de l'Orient et de la Méditerranée, Lyon, I/1, 35-54.

ZARINI, Vincent (1997): *Berbères ou barbares? Recherches sur le livre second de la Johannide de Coripp*e, A.D.R.A, Nancy - De Boccard, Paris.

ZOZAYA [STABEL-HANSEN], Juan (1993): «La arqueología del poblamiento islámico en Al-Andalus», *Boletín de Arqueología Medieval,* 7, 53-64.

ZOZAYA [STABEL-HANSEN], J. (1998): «771 [*sic* por 711]-856: los primeros años del islam andalusí o una hipótesis de trabajo», *Ruptura o continuidad, pervivencias preislámicas en Al-Andalus,* Cuadernos emeritenses 15, Mérida, 83-142.

ZOZAYA [STABEL-HANSEN], J. (2005): «Toponímia (*sic)* árabe en el valle del Duero», *Muçulmanos e Cristãos entre o Tejo e o Douro (Sécs. VIII a XIII). Actas dos Seminários realizados em Palmela, 14 e 15 de Fevereiro de 2003, Porto, 4 e 5 de Abril de 2003,* Mario Jorge Barroca & Isabel Cristina F. Fernandes, eds., Câmara Municipal de Palmela - Faculdade de Letras da Universidade do Porto, Porto, 17 - 42.

ZOZAYA [STABEL-HANSEN], J. (2014): «La Bureba ¿frontera islámica mediante colonización agraria?», *IX Estudios de Frontera. Economía, Derecho y Sociedad en la Frontera. Homenaje a Emilio Molina López,* Francisco Toro Ceballos y José Rodríguez Molina, coords., Diputación Provincial de Jaén, Jaén.